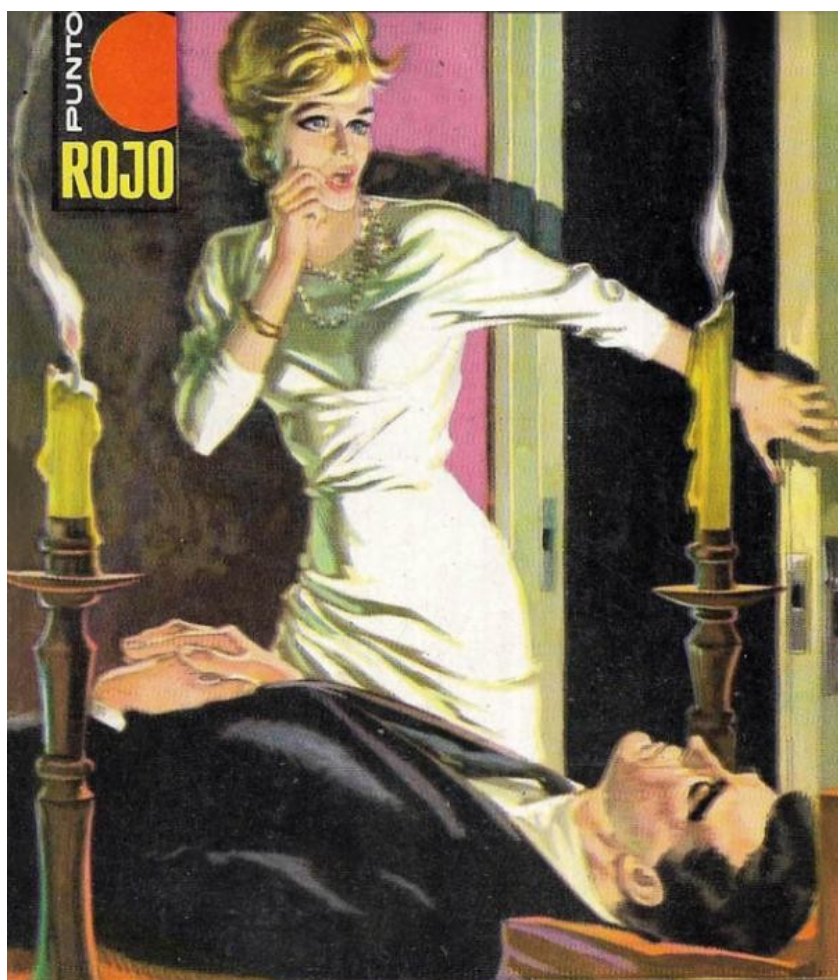


PUNTO

ROJO



BB

MELODIA DE MUERTE

alf regal die

ALF. REGALDIE

**MELODIA
DE MUERTE**

**1.ª EDICIÓN
JUNIO 1963.**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 6981 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© ALF. REGALDIE - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 1109/63.

Todos los personajes y entidades privados que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

803. — Cuadrilla de demonios.

En Colección SERVICIO SECRETO:

613. — Sangre en Broadway.

En Colección BUFALO:

500. — Su nombre: Asesino.

En Colección TEXAS:

372. — Bribones enmascarados.

En Colección CALIFORNIA:

343. — ¡Hay que matar a Saxon!

En Colección COLORADO:

295. — Vuelve un *gun-man*.

En Colección KANSAS:

243. — Su final: Soga o plomo.

En Colección BRAVO OESTE:

116. — El plomo selló la paz.

En Colección PUNTO ROJO:

28. — La muerte os saluda.

CAPÍTULO PRIMERO

Grace Morton mantenía los ojos entornados.

De su mano había caído un libro de poemas de Rilke. Sin embargo, no dormía.

El pequeño gabinete en donde se hallaba, amueblado con sencillez y buen gusto, convidaba al recogimiento, y más, en aquella hora del atardecer en que las sombras lo iban invadiendo, suavizando los contornos hasta dar a las cosas un aspecto casi irreal.

A oídos de Grace llegó una música bien conocida de ella una música que tenía la virtud de enervarla: «La Appassionata» de Beethoven.

Relajó sus músculos, abrió por unos momentos sus hermosos ojos y los volvió a cerrar reflejando en su rostro un gesto de éxtasis, de felicidad.

De improviso sufrió un estremecimiento y volvió a abrir los ojos, mirando fijamente en dirección al lugar de donde le llegaba la música.

De su rostro había desaparecido la expresión de felicidad para dar paso a la sorpresa.

Las finas manos de Grace se crisparon en los brazos del sillón, su cuerpo se puso en tensión y la atractiva mujer se fue levantando lentamente hasta quedar totalmente de pie.

Seguidamente comenzó a caminar con paso lento, fija la mirada ante sí, dando la impresión por sus movimientos de que se trataba de una sonámbula.

Atravesó una sala más amplia, salió a un pasillo y se detuvo ante la puerta de una habitación.

La música salía de allí, pero daba la impresión de estar lejanos los instrumentos que la producían. El violín llegaba bien, el acompañamiento de piano parecía más bien una ilusión, algo que podía ser meramente imaginativo.

Grace murmuró para sí.

—Es imposible, no puede ser. Porque es él, no hay duda... Pero

aquello quedó atrás, muy atrás, no puede ser... Además...

No terminó de decir su pensamiento. Puso la mano en la manija del picaporte, la hizo girar y empujó levemente.

La puerta cedió.

La habitación estaba a oscuras. Bien, no estaba totalmente a oscuras. A medida que fue abriendo fue descubriendo las llamas de cuatro cirios colocados sobre adornados porta cirios en los cuatro ángulos de la cama.

En el centro de la cama, rígido, pálido, amarillento casi el rostro, totalmente vestido de negro, en posición decúbito supino, con las manos marfileñas cruzadas sobre la parte baja del vientre, se hallaba su marido.

Sí, no cabía duda alguna. Era Buck Morton.

Grace se quedó rígida, inmóvil, desorbitados los ojos.

Se dio cuenta de que la música había cesado.

¿Realmente había oído la música? ¿Estaba ella allí o no se había movido de su butacón y era víctima de una alucinación?

Años atrás los había sufrido; pero aquello había pasado y estaba curada, perfectamente curada.

No podía, una alucinación. Para cerciorarse de ello, se palpó el cuerpo que comenzaba a temblarle. Era ella, no había duda.

Y si era ella, aquel era Buck Morton, su marido.

Los pensamientos más absurdos se sucedieron en confusa mescolanza dentro del atormentado cerebro de la sugestiva mujer.

Buck estaba ausente hacía días, no había regresado aún. Aquella misma mañana había telegrafiado desde Denver. ¿Cómo es posible que estuviese allí, muerto?

Se mordió los labios y sintió el dolor, convenciéndose una vez más de que su presencia en la alcoba de su marido era real.

Adelantó unos pasos acercándose al lecho en donde Buck aparecía tendido, muerto.

—¡Imposible, no puede ser! —se repitió.

Miró hacia los cuatro grandes cirios que ardían en las cuatro esquinas del lecho.

—¿Quién los ha traído? ¿Y a él?

Había llegado hasta uno de los laterales del lecho. Observó atentamente la palidez cadavérica de Buck, su rigidez.

Daba la impresión de que había adelgazado, pronunciándose

bastante bajo la piel los huesos de los pómulos y los de las articulaciones de las manos.

Grace estuvo a punto de retroceder, cerrar la alcoba y reunirse con su hija June, que estaba en la pequeña terraza. Estaban las dos solas en casa, pues Betty, la joven sirvienta, había salido y no volvería ya hasta bien entrada la noche...

Retroceder...

¿Por qué retroceder? Sería tanto como mantener la duda perpetua en su espíritu, tanto como no querer ver la realidad. Debía cerciorarse de que no se trataba de una alucinación.

O tener el valor de asegurarse de que había vuelto a enfermar y que era una alucinación.

Alargó los brazos. Sus manos quedaron muy poco encima del rostro de Buck.

Realizó un esfuerzo sobre sí misma y los fue bajando, convencida ya de que sus manos llegarían a tocar sobre la colcha de la cama.

—Una alucinación, sí, una alucinación. Deberé ir al médico sin que se enteren. No debe enterarse June y menos aún el joven Charles Allen; sería terrible para June...

Las manos de Grace, al fin, entraron en contacto con la piel fría de Buck.

La mujer palpó las formas de la nariz y los pómulos.

—¡Es él! ¡Y está muerto, muerto...!

No era lo terrible que estuviese muerto, sino que aquella misma mañana le hubiese telefoneado desde Denver y que al cabo de unas horas estuviera allí, carente de vida.

Miró en torno.

—¿Quién lo ha traído? ¿Por dónde han entrado? ¿Cómo lo han podido disponer todo sin que me enterase?

¿Alucinación? ¿Realidad palpable? ¿Qué podía ser peor?

Uno de los cirios chisporreó.

Por las rendijas altas de la persiana que estaba echada, entró una ráfaga de aire que hizo oscilar las fluctuantes llamas de los cirios, produciendo un raro juego de luces y sombras en toda la pieza y recibiendo Grace la impresión de que Buck hacía un guiño.

Volvió a palpar con la esperanza de que todo hubiese sido una falsa sensación. Deseó tocar la ropa de la cama, aunque

inmediatamente hubiese pedido un taxi para ir a que la viese un siquiatra.

Grace percibió nuevamente el frío contacto con el auto cadáver de Buck Morton.

No fue capaz de dominarse. Gritó desesperadamente, dio media vuelta y salió corriendo.

Se enredó en el cortinaje que cubría la puerta y aquello restó violencia al golpe que dio contra la misma.

Sentíase sofocada, se libró cómo pudo del cortinaje y salió corriendo pasillo adelante en dirección a la salita para llamar desde ella a June, sin importarle ya nada.

Experimentó la sensación de que la perseguían unas sombras y hasta creyó percibir la voz de Buck que la decía:

—Espera... Debes venir conmigo... ¡Eh, aguarda un momento!

Su voz sonaba un poco ronca, pero no había duda de que era él.

Volvió a gritar al salirle al encuentro el vuelo de otra cortina, sintió que la faltaban las fuerzas y cayó blandamente a la entrada del gabinete.

En la puerta de la alcoba que acababa de abandonar, recortada por el contraluz de los cirios, se detuvo una figura masculina cuya mirada se posó en el cuerpo abatido de Grace.

La contemplación fue cosa de segundos. El hombre volvió a la alcoba y cerró la puerta, dejándola tal como la había encontrado Grace.

CAPÍTULO II

Cuando veinte minutos más tarde recobró Grace el conocimiento, se vio atendida por su hija June y por el joven doctor Charles Allen.

Grace había sido acostada en el diván de su gabinete y tapada con una manta.

Sin poder evitarlo dirigió una mirada de terror en dirección a la puerta de la alcoba de su marido, la cual apenas si alcanzaba a ver desde su sitio.

—¿Qué te ha sucedido? ¿Por qué has gritado? —preguntó June.

Charles, tardíamente, hizo comprender con la mirada a la joven que no debía preguntar nada.

Grace se estremeció visiblemente, señaló el pasillo y respondió con voz enronquecida:

—¡Está allí, muerto...!

June y Grace cambiaron una mirada de extrañeza y alarma a la vez. Fue June quien preguntó acto seguido:

—¿Qué está muerto? ¿Quién está muerto?

—Buck...

—¡Pero, mamá...! Hoy mismo has recibido un telegrama de él desde Denver y tardará en regresar unos días.

—Todo eso lo sé. Pero está ahí, muerto, entre cuatro cirios. En su cama, sí, en su cama.

Grace miró a su hija primero y al doctor después.

Descubrió en la expresión de su hija la angustia, mientras que el joven médico aparecía interesado pero no asombrado.

La mujer movió la cabeza en sentido negativo y dijo:

—¡No, no ha sido una alucinación! Yo también lo pensé en el primer momento. ¿Cómo podía haber llegado hasta allí, quién había arreglado todo? Los muertos no pueden hacer solos esas cosas...

—Indudablemente que no... —expresó el joven médico, en actitud pensativa.

—¡No estoy loca! Lo he tocado deseando que fuese una alucinación. Pero no, estaba allí. He percibido el frío de su piel, los relieves de su cara —intervino Allen, para decir en tono tranquilizador:

—Por favor, no se excite. Está usted débil, más de lo que se podría imaginar viendo su aspecto. Su corazón no funciona todo lo bien que quisiera...

—No me excito. Comprendo la extrañeza de ustedes. Yo estoy más extrañada, no puedo comprenderlo, pero él está allí.

—Si me autorizan, iré a ver... —pidió el joven.

—Sí, vaya... Que le acompañe June. ¡No, no quiero que le acompañe! Iré yo. No quiero que ella se asuste como me ha sucedido a mí...

—Usted se quedará aquí y ella también, haciéndole compañía.

Sonrió el joven en plan humorístico y siguió, diciendo:

—¡Bien! A menos que desconfíe de mí y piense que me puedo

llevar algo.

—¡Por favor, doctor Allen! ¿Y qué se podría llevar? —preguntó, reanimándose un tanto por el humor que demostraba el joven.

—Por ejemplo, ese desconcertante cadáver que tan misteriosamente ha aparecido.

—¡No bromea con eso, es terrible! ¿O es que no me cree?...

—Si usted lo ha visto y lo ha tocado, ¿por qué he de dudar de usted?

—Allí está abierto, no tiene más que jugar la manija.

—De acuerdo...

—Aunque están los cirios encendidos, antes de entrar puede encender la luz eléctrica... El conmutador está afuera, a la derecha.

—Sí, señora.

—¡Los cirios le dan un aspecto tan tétrico a todo!

—No debe preocuparse. En nuestra profesión estamos habituados a eso y a cosas peores...

Caminó el joven médico en dirección a la puerta, situada casi al fondo del pasillo.

Las mujeres, como hipnotizadas, siguieron su desplazamiento con la mirada.

June, para animar a su madre, le pasó uno de los brazos por encima de los hombros, juntando su cara con la de ella.

Y comentó a media voz:

—¿Verdad que es apuesto?

—Sí. Vale mucho... Parece que es todo un carácter.

—Lo es. Ha estudiado gracias a su voluntad de hierro, Lo que es, se lo debe a sí mismo...

Quedaron silenciosas sin saber qué decirse, pendientes de los movimientos de él, que había llegado ya ante la puerta.

Al poner Allen su diestra sobre la manija de la puerta, Grace no pudo resistir más y se puso en pie, sin querer obedecer a la suave presión de June para que permaneciera tumbada.

—No puedo, ¿no lo comprendes? Es mi marido, y a pesar de todo, le quiero aún.

—Lo comprendo, madre. Aunque él no lo merece...

—No, no lo merece...

Avanzó Grace siguiendo los pasos de Allen, y June no quiso dejarla sola, a pesar de que la madre dijo:

—Debes quedarte aquí. No quiero que te impresiones...

—Tendré que verlo de todas maneras. Si él ha muerto, ya no tengo necesidad de marcharme.

—Es cierto, no tendrás que marcharte...

Tras breve pausa, añadió:

—No debiera pensar una cosa así, pero es un bien para las dos que haya muerto...

Se detuvieron a mitad del pasillo. Allen había abierto, deteniéndose en la puerta de la alcoba.

Grace observó estremecida que de la habitación no salía luz alguna.

—Tal vez se han apagado los cirios. Algún golpe de aire, tal vez la corriente al abrir —murmuró para sí.

El joven médico manipuló el conmutador de la luz y su cuerpo quedó iluminado desde dentro de la alcoba. Se mantuvo inmóvil en la puerta, casi un minuto, que a Grace le pareció una eternidad.

Al fin entró en la alcoba, llegando hasta la cama. No había ningún cadáver, la cama estaba hecha y tampoco había ni rastro de cirios ni de los correspondientes porta cirios.

Olfateó el joven tratando de percibir el olor que hubiesen podido dejar los cirios al ser apagados y en su rostro se señaló un gesto de contrariedad.

Pensó que era inútil buscar nada, a pesar de lo cual miró debajo de la cama, no encontrando rastros de lo que buscaba.

Volvió atrás. Al llegar a la puerta encontró a madre e hija que estaban muy cerca.

—¿Qué sucede? —preguntó June.

Tanto una como otra mujer reflejaban en sus expresiones la más viva ansiedad, profunda angustia, aunque más acusada en la madre que en la hija.

Allen sonrió con expresión entre tranquilizadora y humorística, respondiendo:

—Se me han adelantado y se han llevado el cadáver. No se puede uno hacer ilusiones. Por una vez que pretendía llevarme algo que no era mío...

June sujetó a su madre para evitar que le pudiese repetir el desvanecimiento.

En cuanto a Grace, con voz estrangulada, preguntó:

—¿Qué se han llevado el cadáver?

—Cadáver, cirios, porta cirios, todo... Han hecho una limpieza total, absoluta —remachó el joven.

Antes de que Grace tuviese ocasión de decir nada, de lamentarse, siguió diciendo el médico:

—Tranquilícese, señora Morton. Está usted perfectamente, si exceptuamos lo que le he señalado del corazón.

—Mis nervios... Ha sido una alucinación...

June asomó a la habitación, haciéndolo también su madre.

La señora Morton estuvo otra vez a punto de desvanecerse, evitándolo el médico, que exclamó:

—¡Nada de alucinaciones ni de nervios! Es necesario que tenga serenidad.

—Pero, ¡él no está ahí! ¡Y yo lo he visto, lo he palpado!

—Yo estoy convencido de que lo ha visto y lo ha palpado.

—Pero entonces, ¿en dónde está?

June apuntó tímidamente dirigiéndose a Charles:

—Mamá estuvo muy mal a raíz de la muerte de mi padre. Fue un accidente y luego ella estuvo recluida, sufrió alucinaciones.

—De acuerdo. Pero está curada y lo de hoy no ha sido una alucinación. Adelante sin miedo —pidió el joven médico.

—No está —repitió Grace tratando de convencerse a sí misma. Usted no quiere asustarme, por eso di que no hubo alucinación.

—Sostengo que no la hubo.

—Si no la hubo, ¿en dónde está el cadáver? ¿Y los cirios?

—No debe pensar en alucinaciones. Debe tener confianza en mí. Pase sin miedo —repitió Allen.

El joven señaló la persiana y preguntó:

—¿Estaba así?

La señora Morton miró y respondió:

—Sí, creo que sí. Pero entonces se filtraba alguna luz por las rendijas.

Charles consultó su reloj y respondió:

—Naturalmente. Entonces era aún de día. Han transcurrido más de veinte minutos desde que usted gritó:

Grace movió la cabeza en sentido negativo y dijo a continuación, dando muestras de hallarse obsesionada por la idea:

—Yo pensé que había venido hasta aquí. Puede que no me

moviera de allí, del sillón...

—No la encontramos en el sillón, ni cerca de él. Estaba usted en: a puerta, caída entre las cortinas. Está claro que había llegado de aquí.

June intervino para decir:

—El primer grito que oímos llegó de esta parte. Yo también creo que viniste...

—¿Entonces...?

—El perfume que se percibe en esta pieza, ¿es habitual en ella? —preguntó Charles.

—Sí, es el que usa mi marido.

—¿Recuerda haberlo percibido antes?

La señora Morton vaciló, respondiendo al cabo:

—Sí, creo que sí. Esta habitación conserva su perfume...

—¿Tan intenso como ahora?

El joven se volvió a preguntar a June, que respondió:

—No puedo decirte. Yo no piso jamás esta habitación...

La mirada de Charles se volvió entonces a Grace, que contestó:

—Cuando él está aquí sí puede ser así de intenso; pero él hace días que falta de casa y si alguna vez he entrado estando ausente, no me parece que haya tenido tanta intensidad.

—De acuerdo. ¿Recuerda si percibió algo de olor de los cirios?

—No recuerdo, esa es la verdad. Dominaba el perfume de él...

—Y seguramente tan intenso como ahora, porque él estaba aquí —se atrevió a asegurar el médico.

—¿Y cómo ha podido desaparecer todo? —preguntó la señora Morton—. Ustedes entraron cuando yo grité; si hubiese habido alguien en la casa, lo habrían advertido.

—Estábamos demasiado ocupados con usted para advertir nada. Yo fui en busca de mí maletín para atenderla. Su hija quedó sola con usted y no creo que estuviera en condiciones de advertir si alguien se movía con cautela en esta parte de la casa.

—Eso es cierto, mamá —respondió June.

El joven intentó abrir un armario, pero estaba cerrado.

—¿Las llaves de este mueble? —preguntó.

—Las lleva él.

—¿Puede tener algún contratiempo si fuerzo la cerradura?

El rostro de la señora Morton reflejó pavor.

—¡No, por favor!

—De acuerdo, no debe sobresaltarse. ¿A dónde da aquella puerta?

—Al cuarto de baño.

—¿Y el cuarto de baño?

—Tiene salida al pasillo y comunicación con mi alcoba.

Tras su respuesta, la señora Morton añadió:

—Pero esa puerta está prácticamente condenada. No se —puede abrir desde aquí, para evitar que él pueda entrar directamente. El cuarto de baño lo usa también June.

Allan intentó abrir la puertecilla sin lograrlo. Pero pasó después al cuarto de baño y tras varios tanteos, abrió desde allí, diciendo al cabo:

—Lo mismo que he abierto yo pueden abrir otros, sobre todo, si saben cómo está.

Hizo un examen detenido del lugar y dijo aún.

—No sé podría asegurar que han utilizado esta puerta. Pero tampoco cabe desecharlo...

Aspiró, diciendo luego:

—Si apagaron los cirios aquí, con el perfume que flota en el lugar y una adecuada ventilación, hay tiempo suficiente para que haya desaparecido el olor.

—¿De verdad cree que ha estado él aquí?

—Sí, lo creo...

—Lo dice usted para consolarme...

—Le digo lo que pienso. Yo no le mentiría, y menos aún si la considerase una enferma. Si un enfermo descubre que su médico le ha mentado y pierde su fe en él, ya puede cambiar de médico. Y yo voy a cuidarla en lo sucesivo —afirmó con resolución.

June dijo a su madre:

—Él está enterado de bastantes cosas, mamá. Le he tenido que licar los motivos de mí marcha, de que te deje sola...

—¡Oh!

—Parece que es inútil que busquemos nada. ¿Quieren que regresemos al gabinete? Quiero que me cuente usted cómo sucedió todo.

—Sí...

Grace caminó, dando la sensación de que los años habían caído

en cantidad sobre ella.

El joven, que lo advirtió, la animó, diciendo:

—Está usted perfectamente, sé cuál es su edad y, por tanto, debe caminar normalmente. No quiero que empiece a compadecerse de sí misma.

—Sí, entiendo...

Llegaron al gabinete y el joven señaló:

—Sitúese como estaba usted antes y comience...

La señora Murtón tomó asiento en el sillón y señaló el tomo de poemas de Rilke.

—Es mi favorito. Lírico, dulce, un verdadero sueño... Sin embargo, a pesar de que el libro cayó de mis manos, recuerdo bien que no estaba dormida.

Hizo una pausa para recordar.

—A mis oídos llegó la música... Se trataba de la «Appassionata», de Beethoven.

Grace se volvió hacia su hija y prosiguió hablando:

—Violín, con acompañamiento de piano, pero yo no oía más que el violín, aunque sé que el piano estaba allí también... Y era él, su forma de hacer de entonces, antes de su enfermedad.

—¿Se refiere a su marido? —preguntó el médico.

—Sí, a Buck Morton... Resultaba inconfundible por su sentimiento, por su emotividad, Técnicamente se le podía poner algunos reparos, pero en lo otro no había ninguno como él.

Advirtió el médico que la expresión de la señora Mor— ton sufría una transformación.

Ella prosiguió:

—Pensé que había, recobrado el uso de su mano izquierda y que pretendía darme una sorpresa. Entonces me levanté y marché hacia allí...

CAPÍTULO III

Había caído la noche totalmente y el pequeño gabinete había quedado en semipenumbra, con la única luz de la lámpara de pie que la señora Morton utilizaba para leer.

Allen preguntó:

—¿Buck Morton fue violinista?

—Sí. Tenía un brillante porvenir por delante...

—¿Sufrió algún accidente?

Madre e hija se miraron, reflejando el rostro de ambas viva perplejidad.

Y fue la madre quien respondió.

—En realidad yo lo he considerado siempre como un accidente, como un terrible y doloroso accidente...

—¿Cómo sucedió?

—Verá; no nos habíamos casado aún. Yo lo admiraba— no faltaba a ninguno de sus conciertos.

June aclaró:

—Buck fue discípulo de papá...

—Tu padre fue Norman Baker, gran violinista también...

—Si —confirmó June.

La madre prosiguió:

—Un día aciago, Buck había trabajado mucho. Estaba un tanto obsesionado por mejorar sus condiciones técnicas...

Hizo la dama una pausa, suspiró y dijo:

—Parece que había sudado. Entró aire, se produjo una corriente fría sintió un dolor agudo en la muñeca...

—¿Antes o después de que se produjera la corriente de aire?

—preguntó el médico.

—Seguramente después, tan pronto se percibió la corriente

—respondió Grace.

—No pienso que le pregunto caprichosamente.

—Comprendo bien que usted busca algo...

—Exactamente. Cuando se produjo la corriente de aire. ¿Estaba tocando o había dejado ya el instrumento?

Grace manifestó perplejidad en su expresión y contestó sin demasiada seguridad:

—Creo que había dejado de tocar.

—¿Conoce en qué circunstancias se produjo la corriente de aire?

—Un servidor abrió la puerta del estudio donde él estaba ensayando. Le anunció la visita de un amigo.

—¿Se podría concretar si el dolor lo percibió cuando estaba ensayando aún, o cuando había iniciado el descanso?

—Creo que descansaba ya. El criado tenía orden de no interrumpirle cuando ensayaba, sucediera lo que sucediese. Debía aguardar algún descanso de él...

Charles concluyó de expresar los pensamientos de la dama, diciendo:

—Lo cual quiere decir que si se atrevió a llamar para anunciar la visita, fue porque el señor Morton había iniciado una pausa, un descanso.

—Ciertamente tuvo que ser así.

—Así pues, el dolor agudo se produjo cuando ya no ensayaba.

—Con toda seguridad que es así.

—Ya hay algo concreto. El iría a ver médicos y médicos...

—Sí, muchos. Desde traumatólogos a neurólogos.

—¿Lo acompañó usted en alguna de sus visitas?

—Cuando fue a ver a uno de los traumatólogos. El doctor Sullyvan, lo recuerdo bien a pesar del tiempo.

—¿Qué dijo Sullyvan? —preguntó Allen.

—Lo que habían dicho los demás. Que no se advertía lesión alguna ni tampoco ninguna alteración anatómica.

—Pero él insistiría...

—Sí, insistió en que le dolía... Intentó volver a tocar el violín, pero la mano izquierda no le obedecía y la muñeca le dolía horriblemente.

—Al menos, es lo que él decía —concluyó Allen.

—Sí. Lo cierto es que le sometieron a todos los tratamientos indicados para tales casos, pero todo fue inútil.

—¿Llegaren a operarlo?

—Los médicos lo consideraron innecesario. Y él no mostró interés en que lo operasen... No se distingue por su valor...

—¿No le acompañó usted cuando fue a la consulta de algún neurólogo?

—No, no quiso jamás que fuese con él.

—¿Recuerda el nombre de alguno de los neurólogos que fue a que le examinara?

—Recuerdo que fue al doctor Spencer. El doctor Spencer me trató cuando yo estuve enferma. Y él lo conocía de entonces.

Allen advirtió que Grace se cansaba. Sonrió y dijo:

—No quiero molestarla más. Debe descansar usted.

—Sí.

Tras una pausa preguntó la dama:

—¿Está seguro de que no ha habido alucinación, doctor?

—Seguro, señora Morton, debe tranquilizarse...

—¿Entonces...?

Se produjo una situación embarazosa, que se dispuso a resolver June diciendo:

—Mamá, creo que Charles debe saber la verdad. Él me quiere, pretende que nos casemos. Y a mí me interesa también, creo que he comenzado a quererle...

—Me alegro de verdad. Para mí significa un gran alivio —respondió la dama.

Se cubrió Grace la cara con las manos y dijo:

—Si no ha sido una alucinación mía, está claro que él quiere volverme loca... Tal vez sería mejor que yo hubiese sufrido una alucinación...

—Es mejor que estés bien y que lo vayas conociendo —manifestó June.

—Es un monstruo, un verdadero monstruo.

—¿Por qué no accedes a divorciarte? ¿No es lo que él pretende?

—El divorcio es solamente algo de lo que él pretende, June. No lo es todo.

—¿Qué más pretende? —preguntó June.

—Quedarse con todo mi dinero, con nuestro dinero, hija.

—¡Pero eso es absurdo! Nadie ha aportado nada a tu negocio; ni papá primero, ni él después, me lo has dicho muchas veces.

—Y así es. Es innecesario que te repita cómo estuve cuando tu padre sufrió el accidente, ¿verdad?

—Para mí, es innecesario; pero para Charles es necesario.

La dama admitió con un ademán y dijo, dirigiéndose al joven:

—Sencillamente, sufrí una grave neurosis de tipo obsesional, acompañada principalmente de alucinaciones. Yo quería mucho a Norman, el padre de June, y, me sentía culpable de su accidente.

June explicó a Charles:

—Papá daba una serie de conciertos por Europa. Mamá no había podido acompañarle, un poco por mí causa, otro a causa de su negocio artístico.

Grace aprobó con la cabeza; y siguió ella, dando la impresión en

aquel momento de que volvía a pesar sobre ella una obsesión.

—Era nuestro aniversario de boda. Yo quise que lo pasáramos juntos y él tomó un avión desde Londres... El avión se estrelló...

El rostro de la dama reflejó la más profunda desolación.

Charles posó su diestra sobre la espalda de ella.

—Es inútil pedirle que debe olvidar... Pero sí debo decirle que se convenza de que no fue suya la culpa. Las cosas suceden y no está en nuestras manos evitarlas. ¿Tiene alguna idea de lo que le hubiese podido suceder de no tomar ese avión?

El joven médico movió la cabeza en sentido negativo y siguió:

—Tal vez le libró usted de algo peor. Y si no fue en aquella ocasión, pudo ser en otra.

—Gracias por su buena voluntad, Allen. Lo cierto es que mi estado de salud me impidió seguir ocupándome de mi negocio, que fue administrado por unos y por otros...

—Y todos abusaron de la confianza que usted se había visto obligada a depositar en ellos —manifestó Allen.

—Así es —confirmó la dama.

—Parece increíble; pero es muy raro que la gente no caiga en la tentación, cuando las circunstancias debieran moverle a comportarse bien —comentó el joven.

Grace prosiguió diciendo:

—Al fin salí de aquello. Me hice cargo del negocio, pero yo estaba débil... Fue cuando sucedió lo de Buck. Él se había portado muy bien y cariñosamente durante mi enfermedad.

—Entonces usted confió en él —dijo Allen.

—Sí. Fue el único que respondió como debía. Por otra parte, yo me sentía obligada a él...

—Lo comprendo.

—Él tenía que resolver su vida. No tenía bienes de fortuna y su carrera había quedado frustrada.

—Y como respondió bien, se casó luego con él.

—Sí. Ahora sé que cometí un gran error. Ignoro si alguna vez me quiso realmente; pero ahora ya no me quiere. Buscaba mi negocio, mi dinero; y ha maniobrado con él de tal manera que ahora resulta que el negocio es de él o poco menos.

—¿Ha consultado con algún abogado?

—Con dos, ambos buenos amigos míos y de mí primer marido.

Los dos me han dicho lo mismo. Aun ganando el pleito, quedaríamos en la ruina. Buck y yo. Prefiero no tocarlo, que se decida solo.

—¿Le ha propuesto algún arreglo? —preguntó el médico.

—Sí. Me quedo con el negocio y le doy una buena indemnización. Ciento cincuenta mil dólares...

—No está mal.

—Pero él no se conforma... Lo quiero todo...

June intervino para decir:

—Él está deslumbrado por Betty Lee, una actriz mediocre que va en uno de los elencos.

Grace confirmó con un ademán, añadiendo de viva voz:

—Es sumamente atractiva y muy ambiciosa. Sabe que en los escenarios no puede lograr gran cosa y quiere ser ella la dueña del negocio.

June dijo a, su vez:

—Yo estoy segura de que no quiere a Buck, pero va por su dinero. Él lo sospecha, pero está ciego, deslumbrado, y sería capaz de cometer un crimen por lograr sus propósitos.

—Yo lo he visto un par de veces, pero han sido dos encuentros fugaces; sin embargo, no tengo idea de cómo es —manifestó Charles.

—Pues es una suerte. Mi madre hubiese deseado no conocerlo jamás; y por mí parte te aseguro que no sentiría su muerte en absoluto. Si se hubiese confirmado antes, habría sido una gran alegría para mí —confesó June.

Su madre la miró escandalizada.

Allen sonrió y dijo:

—Te comprendo perfectamente. No tiene por qué escandalizarse, señora Morton. Su hija ve en peligro su vida de usted, su razón... Y es lógico que incluso desee la muerte de ese fulano. ¿Cómo es?

June se adelantó a responder:

—No mira de cara más que cuando trata de infundir confianza o cuando se siente muy superior. En caso contrario, rehúye la mirada. Y es muy nervioso, aunque trata de dominarse continuamente.

—¿Qué tal la salud de su esposo, señora Morton? —preguntó Allen.

—A mí me parece bastante normal, aunque a veces he llegado a pensar que está loco.

—¿Suele beber?

—No. Le tiene horror a las bebidas alcohólicas...

—¿Por qué?

—Lo ignoro.

Permanecieron silenciosos, Allan decidió al fin:

—Bien. Ahora debe descansar... Nada de sedantes ni de medicamentos. ¿Qué les parece si cenamos, fuera y vamos a cualquier sitio a distraernos? Para despedir a June, puesto que se va mañana.

—Es una buena idea —apuntó la joven.

—Descansaré e iremos —admitió Grace—. Estoy segura de que me hará, bastante bien.

No había terminado de hablar la madre de June cuando llegó a oídos de los tres la música que producía un violín magistralmente tocado.

Grace palideció intensamente y señaló:

—¡Otra vez con Beethoven! Ahora es la «Patética»...

La dama miró a June y dijo:

—¡Y es Buck!

—Cálmese —pidió Allen—. Y reflexione. Habrá grabaciones de Buck Morton, ¿no es cierto?

—Sí, las hay...

—Tal vez estemos escuchando una de ellas. Se percibe el acompañamiento del piano y eso significa que no puede ser él... ¿Oyó antes el piano?

—Sí, pero era algo lejano. En realidad no lo percibía, aunque yo sabía que estaba allí... ¡Pero en ese caso es una alucinación!

—No piense en eso. Se trata de una superchería...

Allen se manifestaba rotundo, convencido.

Se había puesto en pie y rompió la marcha caminando y dirección a la habitación de Buck, que era de donde As llegaba la música.

Las dos mujeres se acercaron.

A medida que se iban acercando oían mejor el acompañamiento del piano.

El médico abrió la habitación, no sin antes haber encendido la

luz.

Las dos mujeres se acercaron con supersticioso temor, en particular, Grace.

Allen anunció:

—Nada ni nadie. Todo en orden.

La música llegaba a través de uno de los tabiques y por la ventana que daba al exterior.

El joven médico señaló el tabique y preguntó:

—¿Saben quién vive ahí?

—No. Corresponde a la otra finca y la verdad es que no nos hemos preocupado de averiguarlo...

Grace, que se había serenado, dijo:

—No es Buck, ahora lo oigo perfectamente. Este posee una técnica más depurada y su sonido es más brillante.

—Puede que antes tampoco fuese Buck, aunque no tendría nada de particular que lo fuese...

Grace acusó en su rostro un gesto de desaliento.

—Por dondequiera que se le mire, resulta desconcertante. Si no era él, ¿la música fue puesta sin intención alguna?

—Fue puesta con intención...

—¿Cree que esos de ahí al lado son sus cómplices?

—¿Y por qué no? ¿Tendría algo de particular que se conocieran? Incluso pueden ser cómplices inconscientes...

—¿Y por qué ponen música ahora? ¿Precisamente de Beethoven? Es mi música preferida, lo era la de Norman, y lo es de Buck...

—Tal vez para desconcertarla y hacerla pensar que lo de antes fue una alucinación.

June confirmó con un movimiento de cabeza, diciendo a continuación, con expresión hiriente:

—Sí, mamá, son diabólicamente hábiles. Primero música con muerto, un muerto que desaparece para hacerte creer en una alucinación. Ahora música sin muerto, cuando estamos a tu lado, para hacernos dudar a nosotros de tu equilibrio mental.

Allen confirmó, diciendo:

—Usted se desconcertará más y más al advertir la duda en nosotros y la hará vacilar y desesperar a la vez. Eso es lo que buscan.

Habló el joven en voz baja, como lo había hecho June.

Charles volvió a mirar el armario de la alcoba y dijo:

—De verdad que me gustaría ver ahora lo que hay dentro de este armario.

—A mí también. Pero no quiero provocar ningún incidente con él y estoy segura de que se daría cuenta.

—De acuerdo. Y ahora, créame. No piense en nada de lo sucedido. Deje que piense yo por usted.

—Charles tiene razón, mamá. Confía en él.

—Confío en él, hija mía. Confío en él y en ti.

CAPITULO IV

Grace había sufrido una profunda transformación durante la cena. Posteriormente habían ido a Madison Square Garden a presenciar un espectáculo de revista sobre hielo y finalmente había acompañado a los dos jóvenes a un club para que bailaran un rato.

Ella se había sentido feliz al advertir que los dos jóvenes eran felices.

Un joven actor llamado Chick Nolan había coincidido con ellos en el club y se había acercado a saludarles.

Posteriormente, al quedarse ella sola mientras los dos jóvenes bailaban, había pretendido bailar con ella, pero Grace se había disculpado, diciéndole:

—Baile usted con chicas. Las hay muy bonitas y es lo que le corresponde por su edad.

—No hay un hombre medianamente sensato que pueda aguantar a esas jóvenes y alocadas cabecitas de chorlito.

—Supongo que de mí habrán dicho algo semejante cuando era joven.

—¡Imposible! Usted...

Grace interrumpió:

—No creo que usted resulte mucho más normal que esas jóvenes, cuando se acerca a mí en lugar de buscar entre ellas...

—Es perder el tiempo.

—¿Y a mí lado no teme perderlo?

—No se puede perder el tiempo a su lado. Usted es una mujer como hay pocas.

—¿Cómo lo sabe usted, Nolan? Ha trabajado tres meses en uno

de mis elencos y en ese tiempo apenas me ha visto unas seis veces y habrá charlado conmigo en dos ocasiones.

—Sí, pero...

La dama no le dejó terminar, diciendo:

—Usted no puede saber cómo soy más que de oídas. Y de mí, unos hablan bien y otros no hablan tan bien...

—Yo necesito a mí lado una persona sensata como, usted, que sea joven aún pero que posea ya cierta madurez...

—Yo me paso ya de madura, no pierda el tiempo aquí. Hay por ahí muchas jóvenes que le aguardan.

—Pero es que yo necesito comprensión y ellas no la tienen...

—¿Trabaja en alguna compañía, Nolan?

—No, señora Morton. Las proposiciones que se me han hecho estos días no me satisfacen.

—Entonces lo que necesita usted es trabajar. Y es a mí marido a quién debe dirigirse.

—¡Señora Morton! No se trata precisamente de eso. El trabajo...

—Por favor, Nolan. Hable con mi marido. Le ruego que me deje ahora. Prefiero escuchar la música y contemplar a mi hija. Dos cosas que valen la pena de verdad, aunque la música de baile no sea mi favorita; pero también tiene su gracia.

En los ojos del joven actor brilló el despecho, aunque fue capaz de dominarse cuando se inclinó ligeramente, diciendo:

—Le ruego que me perdone.

—Perdóneme usted a mí.

Grace dejó de prestar atención al joven actor, el cual se mantuvo inmóvil durante unos segundos, alejándose al advertir que Grace prescindía totalmente de él para sonreír a June y a Charles que se acercaban después de haber bailado.

El médico llevaba de la mano a la linda June.

—Eres la chica más encantadora que he conocido en mi vida dijo Grace a su hija.

—¡Por favor, mamá!

—Está usted en lo cierto —corroboró Charles.

—Voy retirarme. Comienzo a sentirme cansada. Podéis quedaros un rato aún —manifestó la señora Morton.

—Naturalmente, señora...

—¿Qué ha sucedido? —preguntó la joven mirando en dirección

a Chick, al cual había detenido una chica.

—Nada. Estoy cansada.

—¿No se trata de una huida? —inquirió June.

Vio vacilar a su madre y, antes de que le respondiera, preguntó nuevamente:

—¿Quién es él?

Aludía claramente a Chick. La señora Morton respondió:

—Se llama Chick Nolan y pretende ser actor. El cree que lo es.

—Lo de casi todos —manifestó June—. ¿Quería trabajo?

—Quería bailar conmigo.

—¿Y por qué no has bailado?

La madre de June vaciló de manera visible. Luego se dirigió a Charles preguntándole con tímida expresión:

—¿Piensa que yo puedo padecer manía persecutoria? Es una de las manías más frecuentes en las neurosis, según me dijo en cierta ocasión el doctor Spencer.

Ocupados en su problema los tres personajes no hablan visto acercarse a un hombre cuya edad andaría por los cincuenta. Era alto, casi totalmente calvo, con la frente muy abombada y usaba gafas de cristales muy gruesos.

Pese a su estatura tenía las piernas cortas con relación al cuerpo, y éste un tanto deformado a pesar de ser muy ancho, denotando el hombre una fuerza poco común.

Con fuerte vozarrón, dijo el hombre:

—Exacto, señora Morton. La manía persecutoria es muy corriente en las neurosis...

Grace saltó de manera incontenible y gritó ligeramente, mientras que la propia June se sentía impresionada.

En cuanto a Charles frunció el entrecejo, molesto por la inoportuna intromisión.

El de la frente abombada, que vestía de *smoking*, se inclinó grotescamente ante la dama y preguntó:

—¿Qué tal, Grace? La encuentro un poco decaída. ¿Por qué no se da una vuelta por mi consulta?

—Yo sé lo diré, señor Spencer—: se apresuró a intervenir Allen—. La señora Morton desea conservar su salud, en particular sus nervios. Y no es recomendable que pase por su clínica.

—¿Quién es usted y por qué responde a algo que no le han

preguntado?

—Soy un médico novato, el nombre no hace al caso, aunque no tengo inconveniente en decírselo: Me llamo Charles Allen. He respondido porque me ha molestado su intromisión casi tanto como a la señora Morton.

June, contagiada de la audacia de Allen, se dispuso a intervenir, diciendo:

—No sé si me recuerda, doctor Spencer. Soy June Baker. Estoy de acuerdo con el doctor Allen y añado que no ha mostrado usted ni tacto, ni educación, al saludar a mi madre con una impertinencia, ignorando a los demás.

La joven hizo una breve pausa para tomar aire y antes de que Spencer se repusiera de su asombro, siguió diciendo:

—Una falta de educación tan clara, en un hombre de carrera, es siempre imperdonable.

Tras su sorpresa, Spencer fue capaz de decir de mal talante, dirigiéndose principalmente a June:

—Sepa usted, jovencita, que si me he dirigido a su madre es porque Buck Morton me mostró no poca preocupación hace días por el estado de ella. Y he aprovechado la ocasión de que les he visto aquí, y de que la conversación de ustedes venía a dar pie a mi intervención.

Grace estaba asustada, sin encontrar el momento de intervenir para cortar la discusión:

June respondió fríamente:

—Pues su intervención ha sido poco feliz y su forma de hacerla, grosera. Y puede decir a Morton que se ocupe de sí mismo. Él lo necesita a usted más que mi madre.

Antes de que el alienista respondiera, dijo Allen en tono tajante:

—Buenas noches, doctor Spencer. Nos sentimos felices sin su compañía y deseamos seguir sintiéndonos felices.

Spencer daba la impresión de que estaba a punto de estallar, tal era la irritación que había producido en él el bombardeo de palabras a que lo habían sometido los dos jóvenes.

Advirtió que comenzaba a ser centro de la atención de la gente que se hallaba en torno a las mesas más próximas; su amor propio sufrió un rudo golpe.

Bufó, quiso hablar, pero las palabras no acudieron a su boca y al

fin tartamudeó:

—¡Dispensen! ¡Buenas noches!

Marchó rápido, caminando a grandes zancadas, dando a impresión de que iba ciego, lo que le hizo tropezar en repetidas ocasiones, viéndose obligado a excusarse.

Grace, que se había puesto en pie, se dejó caer sentada en una silla, suspirando. Luego, dijo:

—¡Ha sido terrible! El hombre ha estado desafortunado de verdad. Estoy avergonzada...

—No tiene por qué avergonzarse de una falta cometida por otro, señora Morton...

—Surgen las contrariedades, las molestias. En casa, fuera... ¡Estoy segura de que todo es obra de Buck! —exclamó Grace.

Hablaba en voz baja y miró con expresión de espanto a June y Charles.

Tras breve pausa, preguntó:

—¿Padeceré realmente de manía persecutoria?

—Nada de eso, señora Morton. No soy un especialista en la cuestión, pero sé lo suficiente para darme cuenta de que está usted bien.

—Buck me persigue en todas partes, trata de asfixiarme... Ahora ha sido Spencer. Usted mismo ha oído decir que ha sido cosa de Buck.

—No hay duda alguna sobre la cuestión.

Grace rebulló en su asiento. En su mirada apareció un matiz de suspicacia cuando miró a los dos jóvenes y dijo:

—A Chick Nolan también lo ha enviado Buck —aseguró.

Allen no mostró extrañeza alguna y respondió con naturalidad:

—No me extrañaría en absoluto que así fuese.

—Precisamente pregunté por tal motivo si usted pensaba que yo podía padecer manía persecutoria.

—¿Qué quieres decir, mamá?

—Sencillamente: Mi marido ha tratado de tenderme un lazo valiéndose del joven Nolan —respondió Grace.

—¿Es posible que su ruindad llegue a tal extremo? —preguntó June.

—Sí, June. Él sabe que fuera de ti, mi vida está vacía y por eso me ha lanzado al joven Nolan. Es atractivo físicamente, sabe

colocarse en posición de víctima para tratar de explotar el instinto maternal que duerme en toda mujer...

Allen escuchaba atentamente, haciendo signos de aprobación con la cabeza.



Al abrir la puerta...

June preguntó:

—¿Y un joven como ese es capaz de prestarse a tal papel?

—Nolan moralmente es repulsivo. Yo lo sé y por eso se prescindió de él. Ahora Buck ha echado mano de él para un papel repugnante que a Nolan le va magistralmente.

Charles dirigió una mirada a Nolan, quien después de charlar con una joven, se dirigía a la salida del club. Dijo:

—De verdad me gustaría aplastarle las narices a ese joven.

—Ahora soy yo la que pide que olvide tal idea. Detesto toda clase de violencias —declaró Grace.

June observó en son de protesta:

—Nolan merece eso y más.

—Es ruin, pero se le debe compadecer. Buck le habrá prometido trabajo si se presta al repulsivo papel que ha representado... Nolan es un mal actor, no tiene cabida en ningún sitio.

—Y a eso une su ruindad... ¡Pues que se dedique a limpiar alcantarillas! Su sitio está en las cloacas, de las que no debiera salir —expresó Allen con energía.

—Podéis quedaros. ¿Comprendes por qué me quería ir yo a casa? —preguntó Grace a su hija.

—Pero, ¿es que Buck, de una manera u otra, va a estar siempre presente en nuestras vidas, amargándonos?

—Eso es lo que pretende.

La señora Morton se puso en pie, repitiendo:

—Debéis quedaros; yo...

—Nada de eso, señora. Salimos juntos y volveremos juntos. Las dejaré en su casa y yo me retiraré ya a descansar... Aunque tal vez estudie un rato aún.

—Lamento que por mi culpa... —trató de excusarse Grace.

—Ninguna culpa, señora. En tal caso sería yo quien debiera sentirse culpable, puesto que fui quien, propuso la salida.

Salíó la señora Morton y la siguió June, marchando Charles detrás de ellas.

Nolan, que espiaba la salida, se apresuró a ir a un teléfono público, desde el cual hizo una llamada.

Desde el mismo teléfono vio cómo las dos mujeres y Allen subían a un taxi, que partía seguidamente.

Sonrió satisfecho el granuja y volvió a entrar en el elegante club,

en el que se reunió a poco con la misma chica con quien había estado charlando.

Grace Morton, en tanto, por más que se esforzaba, no podía desechar la preocupación que le producían los acontecimientos vividos desde el atardecer y que la hicieron decir como si hablase para sí únicamente:

—Ese es Buck, el hombre con el cual estoy casada, el hombre que puede disponer de mis bienes y dejamos en la calle... Y lo peor es que le quiero aún, o, al menos, siento compasión por él.

CAPÍTULO V

Grace dejó a June en la cama.

—¿Por qué no te acuestas aquí, conmigo? —preguntó la joven.

—Porque deseo que duermas tranquilamente.

—¿Es que tú no vas a dormir?

—No lo sé, hija...

—¿Temes que te suceda algo?

—No. Si me sucediese algo que le fuese imputable a él, lo perdería todo y eso no le conviene. Está loco, pero no tanto.

—Como quieras, mamá. ¿Por qué no tomas un somnífero?

—Ya has oído a Charles: nada de sedantes, nada de somníferos. Esas cosas debilitan el sistema nervioso y yo no puedo ni debo correr ese riesgo.

—Pero el no dormir también lo debilita.

—Ya dormiré, no debes preocuparte. Hasta mañana, hija.

—Hasta mañana, madre.

Grace abandonó el pequeño departamento de dos piezas que ocupaba su hija y pasó a su alcoba, la alcoba que había compartido con Buck hasta hacía poco más de un año, que habían surgido las disensiones y se habían separado.

Encendió la lámpara central, llegó hasta la cabecera de la cama y encendió la lámpara de brazo extensible, para leer, apagando la central.

La habitación quedó envuelta en una agradable semipenumbra, a excepción del círculo, bastante reducido, que permitía la pantalla

de la lámpara.

Recordó Grace que el tomo de poemas de Rilke había quedado en el gabinete y se dirigió a él.

Fue encendiendo lámparas a su paso, temerosa de quedarse a oscuras.

Sin poderlo remediar, recordó lo sucedido por la tarde, revivió el momento en que abrió la puerta de la alcoba de Buck y lo vio a él muerto en la cama, entre cuatro cirios.

Le pareció percibir nuevamente, pero lejana, muy lejana, la «Appassionata», ejecutada por el mismo Buck.

Sintió Grace que se le hacía un nudo en la garganta, recordando las épocas de triunfo: primero, las del padre de June; después, las de Buck, cuando aún no se habían casado, pero que llegó a sentir como propias, ya que Buck había sido discípulo de Baker.

La «Appassionata» dejó de oírse. Grace murmuró:

—Era mi cerebro... La llevo metida, en él.

Mientras recogía el tomo de Rilke volvió a escuchar la «Patética», que fue interrumpida luego bruscamente, para oír el «Réquiem» de Mozart.

—El «Réquiem» —pensó—. Una de las músicas favoritas de Norman Buck, de ella misma. La música que estaba escuche lo precisamente por la radio cuando se interrumpió la emisión para dar cuenta del accidente de aviación en que había hallado la muerte Norman Baker...

Se estremeció al evocar el terrible momento, el más doloroso de su vida.

Una vez tuvo el tomo, miró con expresión temerosa en dirección a la alcoba de Buck como si algo le llamase desde ella.

Hubo de realizar un esfuerzo sobre sí misma para no caminar en aquella dirección, volviendo a su alcoba.

Fue apagando las luces que había dejado encendidas para su regreso.

Una vez en la alcoba, entornó la puerta, mirando luego por la ventana, afortunadamente, inaccesible.

Se burló de sí misma, diciéndose:

—Me estoy volviendo miedosa. Si Buck me pudiese ver, se reiría de mí bien a gusto.

Grace comenzó a desvestirse.

Echó un vistazo en torno y no vio la bata.

—Karen se está volviendo descuidada, no piensa más que en ella, en divertirse. Le he dicho una y mil veces que deje la bata a la vista...

La madre de June se dirigió al ropero, donde debía estar el salto de cama. Las llaves estaban puestas.

Abrió pausadamente dirigiendo la mirada al lugar en donde debería estar colgada la bata.

Y descubrió la figura inmóvil, rígida, de su marido. Tenía los ojos abiertos, inmóviles, dando la impresión de que miraba al más allá.

Sintió Grace que se quedaba sin fuerzas para tenerse en pie, ni para gritar.

Cerró los ojos instintivamente, tal que si confiase en que al abrirlos nuevamente hubiese huido la espantable visión.

Buck, de pie, rígido, vestido de negro, pálido, mantenía una posición semejante a la que tenía cuando lo había visto en la cama entre cuatro cirios.

Al cerrar Grace los ojos experimentó una aguda sensación de inestabilidad, de que el suelo se abría bajo sus pies, y los abrió nuevamente, aferrándose a la puerta del ropero para recobrar el equilibrio que había perdido.

Las alentadoras palabras de Allen, la idea de que se trataba de una superchería, ganaron un sitio en la mente de Grace, en la cual se impuso la razón, logrando así recobrar algo la serenidad que había perdido.

Temblando aún, alargó la mano izquierda, que tenía libre.

Llegó a tocar la tela del pantalón y le pareció percibir el frío de la muerte que le llegaba a través de ella.

Sintió Grace que el corazón aumentaba el ritmo de sus latidos hasta recibir la impresión de que le golpeaba vigorosamente en la garganta.

La música llegó otra vez a sus oídos. De nuevo la «Appassionata», que cesó luego bruscamente, para dar paso al «Réquiem», de Mozart.

Giró lentamente la cabeza. La música procedía de la alcoba de Buck, no de la casa vecina, sino de la misma alcoba.

Se sintió abandonada de la serenidad que había logrado

recordando las palabras de Allen, y soltó la puerta del ropero, comenzando a retroceder lentamente.

Se oyó una voz, la voz de Buck, hablando en tono bajo pero con una resonancia que tenía mucho de siniestro.

—Aguarda... Vengo en tu busca. Ya ves cómo estoy, muerto, muerto para siempre. He estado a tu lado muerto durante muchos años y esta muerte de ahora es una liberación...

Tras una pausa breve añadió:

—Estaremos juntos para siempre, vamos.

Había vuelto la cabeza para escuchar la voz de Buck que le llegaba de la puerta, pero no vio a nadie.

En el interior del armario ropero se produjo un crujido. Volvió la cabeza; recibió la impresión de que Buck movió uno de sus brazos, armado de un cuchillo cuya hoja vio destellar.

En tal momento se apagó la luz, la única luz que tenía encendida, correspondiente a la lámpara de brazo extensible.

Su valor se había esfumado por completo y llegó a temer por su razón.

Temió que si no gritaba dando expansión a sus nervios, a su congoja, podía estallar y gritó, gritó con todas sus fuerzas.

En la oscuridad le pareció ver que Buck se desplomaba hacia adelante apuntando a su corazón con el cuchillo que empuñaba en la derecha.

Volvió a gritar, recibió un golpe que la derribó, produciéndole daño en el pecho.

Siguió inmediatamente el golpe de un cuerpo que cae y, medio inconsciente, no pudo saber si se trataba de su cuerpo o de otro.

Volvió a gritar y perdió la noción de la existencia, sintiendo que el pecho le dolía terriblemente.

* * *

June, aunque había apagado la luz, no se había dormido aun cuando oyó los terribles gritos de su madre.

Encendió, saltó de la cama y se cubrió en una bata que dejaba siempre al alcance de la mano.

Fue encendiendo luces desde su alcoba hasta la de su madre, y no porque tuviese miedo.

Antes de salir de su alcoba, había tocado también el timbre

llamando a Karen, la doncella, por si ésta no había oído los gritos de Grace.

June, como Charles, se hallaba convencida de que su madre estaba siendo víctima de una terrible superchería.

Y estaba segura también de que los que la llevaban a cabo se encontraban cerca de ellas, muy cerca, tanto, que en cualquier momento dado podrían significar un grave peligro para sus vidas.

Al levantarse, antes de salir de su habitación, había tomado también una pequeña pistola, que guardó en el bolsillo de la bata.

Fue la primera en llegar a la alcoba de su madre, aunque Karen no tardó en hacer acto de presencia.

—¿Qué sucede? ¡He oído terribles gritos!

June, que había echado un vistazo en torno, había observado que todo estaba normal, a excepción del armario ropero que aparecía abierto.

La luz se hallaba encendida y, en cuanto a su madre, tenía cerca de la mano la percha, con la bata aún en ella.

Actuó la joven sin precipitación, tal como había visto hacer a Charles aquella tarde, logrando tras varios minutos que su madre recobrara el conocimiento.

Advirtió June que su madre iba a hacer una pregunta tan pronto abrió los ojos e hizo un gesto haciéndole comprender que no debía hablar. Y le dijo:

—No debes hablar. Ya sabes lo que te ha dicho Charles...

Se dirigió la joven a Karen, diciéndole:

—¿Quiere llamar al departamento nueve y decir que venga el doctor Allen cuanto antes?

—Sí, señorita.

—¿La despertaron los gritos de mi madre?

—En realidad, no los oí. Luego percibí el timbre y fue cuando me pareció haber oído gritos:

—Algo así como entre sueños, ¿verdad?

—Sí.

—A mí me ha sucedido algo semejante. Bien, vaya a ver eso del doctor Allen...

Karen se alejó.

June, una vez hubo alejado Karen, la siguió caminando sobre las puntas de los pies.

La sirvienta salió y llamó en el departamento de al lado. Y June se apresuró a volver junto a su madre.

—¿Qué sucede? —preguntó ésta.

—No me ha gustado la actitud de Karen. Hay algo extraño en ella.

Sonrió June con expresión humorística y dijo:

—Como verás, no eres tú la única que padece manías. No sé si clasificarlas como persecutorias. No hagas mención de nada delante de ella.

—Como tú quieras, hijita.

Grace abrazó estrechamente a su hija y exclamó:

—¡He pasado un miedo terrible!

Miró luego en dirección al armario ropero y preguntó:

—No estará ya ahí, ¿verdad?

—¿Otra vez el cadáver de Buck?

—Sí, otra vez.

—Ya puedes imaginarte que no está. Tratan de hacer creer que padeces alucinaciones. Tratan de volverte loca...

Lo dijo con ira y miedo a la vez.

Luego añadió:

—Aunque Buck se pueda disgustar, no me iré. Quiero estar aquí cuando vuelva él...

—Te irás...

—Ya discutiremos eso. No puede suceder nada más terrible de lo que está sucediendo ya. Ahora me referirá cómo ha sido en esta ocasión...

—Es un gran consuelo para mí ver qué crees en la razón de tu madre.

—En la razón de mi madre y en la desvergüenza y la falta de escrúpulos de Buck, que están rayando ya en lo criminal.

Guardaron silencio al oír que se cerraba la puerta de la casa y que Karen se acercaba.

—¿Viene ya el doctor? —preguntó June extrañada de que no llegase Charles con la linda y ondulante sirvienta.

—No está. Ha salido una señora y me ha dicho que, según le ha parecido oír, lo han llamado por teléfono.

—Es una contrariedad... Afortunadamente, mamá ya está bien. Creo que puede volver a acostarse, Karen.

La joven, una mestiza portorriqueña, pareció vacilar.

—¿Qué sucede, Karen? —preguntó June.

—En la casa de al lado hay un médico. ¿Quiere que le llame?

—¿Qué médico es?

—No lo sé. Un médico...

—¿Tienes idea de cómo se llama?

—Es algo así como Turpin... Creo que es Jesse Turpin, junior...

La madre de June reflejó temor en su mirada y June se apresuró a decir:

—Por el momento no es necesario y mamá necesita tranquilidad. ¿Has dejado recado de que si regresa pronto el doctor Allen, le digan que pase?

—No, no se me ha ocurrido. ¿Quiere que vaya?

—No. No me gusta molestar innecesariamente. Puedes retirarte.

—Como quiera. Pero si necesita algo, no vacile en llamar. Puedo ver si el doctor Turpin tiene teléfono, por si se le necesita más tarde.

—Estoy bien, no es necesario. Gracias, Karen —dijo la enferma. Se retiró la mestiza.

June, cuando ella hubo salido, volvió a desplazarse tras la ondulante joven, que se metió en su habitación, dando la impresión a June de que cerraba por dentro. La joven volvió junto a su madre.

Antes de que June le preguntase nada, informó su madre en voz, baja, mirando en torno por temor a ver salir a Buck de entre las sombras:

—Ese doctor Turpin es siquiatra...

—¿Sabías que lo teníamos ahí al lado?

—No, lo ignoraba. Antes tenía su consulta en la calle Cincuenta y Cinco, cerca de Broadway. Pero tuvo un lío por un asunto de estupefacientes.

—¡Una alhaja, vamos! —exclamó June.

—Sí. Fue uno de los médicos que consultó Buck cuando lo de su muñeca izquierda.

—A Charles le gustará saber eso y que lo tenemos por vecino. ¿Qué te ha parecido la actitud de Karen, mamá?

—Tampoco me ha gustado, hija. Esa chica tiene una mirada extraña...

—No es su mirada lo que me preocupa. Dijo que no había oído

tus gritos. La despertó mi timbrado. Y se ha presentado aquí muy poco después que yo, casi totalmente vestida.

—¡Es verdad!

—Es imposible que tuviese tiempo para vestirse. Estoy segura de que no estaba acostada. Su peinado estaba casi perfecto. Ella esperaba que sucediera algo... —manifestó June.

—Y luego, ese sospechoso empeño de que viniese el doctor Turpin. Está vendida a Buck, tendremos que echarla —dijo Grace.

—Puede que le haya ayudado...

June tomó una decisión. Se puso en pie y manifestó:

—Eso lo voy a saber yo ahora mismo. Que no piense Buck que nos va a rodear de enemigos, de espías, y que vamos a quedarnos tan tranquilas.

—¿Qué vas a hacer? No intentarás...

—Voy a interrogarla. Si quieres lo haré aquí mismo, delante de ti.

Grace vaciló, concediendo al fin:

—Es una idea... Si no responde de una manera satisfactoria, haremos que abandone la casa esta misma noche.

—No se puede tener compasión alguna con gente de esa clase.

Se disponía a abandonar June la alcoba de su madre para ir en busca de Karen, cuando se oyó un grito espeluznante, que hizo saltar a las dos mujeres.

June señaló:

—¡Ha sido Karen! ¡Y en su propio dormitorio!

Se dispuso a correr en dirección al lugar, empuñando la pistola un tanto nerviosamente.

En aquel momento se apagó la luz, gritó Grace y June volvió atrás para reunirse con su madre.

—¿Suced algo? —preguntó en voz baja.

—No, pero no quiero que te vayas de mi lado. Tengo miedo, por ti y por mí.

—Pero le ha podido suceder algo a Karen. Tal vez ella es una víctima más y nosotras hemos pensado que estaba, de parte de ellos.

La música del «Réquiem», de Mozart, llegó a oídos de las dos mujeres.

Se produjo una corriente de aire, se movieron las cortinas

correspondientes a la puerta de la alcoba, en la que se produjo también un leve crujido, como de articulaciones humanas envejecidas.

Las dos mujeres miraron en dirección a la puerta y vieron perfilarse en ella la silueta de un hombre que empuñaba un cuchillo...

Grace gritó:

—¡Es él! ¡Buck!

June experimentó viva congoja, pero reaccionó prontamente ante el susto manifestado por su madre y, levantando la pistola, hizo fuego con pulso firme.

Se tambaleó la silueta que se derrumbó, cayendo al suelo. Se oyó un ruido sordo, como el de la caída de un cuerpo.

Luego, silencio, un silencio ominoso.

CAPÍTULO VI

Apenas si habría transcurrido medio minuto cuando las luces volvieron a encenderse de la misma misteriosa manera que se habían apagado.

Las dos mujeres miraron con expresión horrorizada en dirección a la entrada de la alcoba, en donde imaginaba que iban a ver tendido, muerto o malherido, a Buck.

June exclamó:

—¡Nadie!

Sonó su voz de manera que extrañó a ella misma. Tras una pausa movió la cabeza en sentido negativo y dijo:

—¡Es imposible, no puedo admitirlo! Tiro bien y no me temblaba el pulso cuando disparé.

Se puso en pie lentamente, dispuesta a acercarse al lugar en donde debía haber caído el hombre al cual correspondía la silueta; pero su madre la retuvo por una pierna.

—¡No, por favor! ¡No vayas! Pueden estar escondidos ahí detrás, dispuestos a matarte...

En la antecámara se oyó el ruido de alguien que se acercaba y June preparó nuevamente su pistola.

Llegó a oídos de las dos mujeres la voz de Charles, que se anunció, diciendo:

—Soy Charles... ¿Puedo pasar? ¿Qué ha sucedido?

—¡Un momento! —pidió June.

La señora Morton se metió apresuradamente en la cama, mientras que June abrochaba y enlazaba el cinturón, de su salto de cama.

—Puedes pasar —autorizó.

Instantes después se dejaba ver en la puerta el joven Allen, cuyo rostro dejaba ver visibles muestras de alteración a pesar de que intentaba aparecer sonriente.

—¿Está bien?

—Sí... ¿No hay nadie ahí?

—No he visto a nadie...

June salió al encuentro de Allen, excusándose con él cuando llegó a su altura.

—Un momento, por favor...

Siguió la joven hasta donde calculaba que podía estar el herido, segura de que había alcanzado a alguien con su disparo.

No había nadie, ni siquiera un leve rastro de sangre.

Alzó June la vista y vio el desconchado que en una pared había hecho el proyectil, el cual encontró poco después en el suelo.

—¡Es imposible! Estoy segura de que le di... Y yo no soy una visionaria...

Charles, que tras un leve saludo a la señora Morton, había vuelto atrás reuniéndose con June, preguntó:

—¿A quién diste? ¿Fuiste tú quien disparó?

—Sí. Y tiro lo bastante bien para no errar el disparo. No padecía nunca de alucinaciones. Estoy perfectamente.

Señaló las huellas del disparo y mostró la bala.

—Sin embargo, ella no dio en donde yo hubiese querido.

—¿Se puede saber qué ha pasado? Tu madre está excitada, ha debido pasar mucho miedo.

—No ha sido ella la única que ha pasado miedo. Yo también he pasado el mío...

—¿Qué te sucede? Te noto envarada aún...

—¿Cómo has entrado?

—Saltando la divisoria de las dos terrazas. Oí el disparo; y, antes

del disparo, me pareció oír también un grito aterrador.

—¿Estabas en casa...?

—Había llegado hacía un instante y la patrona me acababa de informar que me habíais llamado. Y me disponía a venir...

—¿Por qué no se te ocurrió llamar?

—¿Soy sospechoso de algo, June? —preguntó el joven contrariado.

—Todos somos sospechosos. ¡Hasta yo misma lo soy o lo seré en algún rato!

—Se me ocurrió llamar, pero después del grito y el disparo, era de suponer que tal vez no podríais acudir a abrir. Hice lo que resultaba más corto y más seguro.

—Tienes razón, perdona. ¿Te habían llamado por teléfono?

—Sí, del hospital. Luego resultó falso y he vuelto en taxi...

—Querían apartarte de aquí... Bien, vamos al cuarto de Karen. Es ella la que ha gritado...

—¿Vuestra sirvienta?

—Sí. Y el caso es que la teníamos por sospechosa.

Mientras hablaban, se habían acercado al lecho.

Charles, de forma un tanto maquinal, tomó el pulso a la madre de June, diciendo luego:

—Demasiado excitada. No quisiera que esos granujas pudieran salirse con la suya...

—¿Cree que pudo terminar perdiendo los nervios? ¿Qué pudo volver a...?

Guardó silencio, asustada de lo que iba a decir.

—Creo que debe usted marchar de Nueva York a un lugar que ignoren los demás. Su esposo más que nadie...

—¡No puedo abandonar! ¡No quiero huir! Tendría un motivo justificado para lograr su divorcio y no quiero darle ese gusto...

—Tiene razón. Miro las cosas de manera diferente de cómo puede verlas usted. Antes que nada, soy médico.

—Vamos a ver lo que le ha sucedido a esa pobre Karen. Después de su grito no se ha oído filada más por allí —pidió June.

Al advertir que iban a marchar los dos jóvenes, dijo la señora Morton:

—¡No quiero quedarme sola! Confieso que tengo miedo.

—Puedes cerrar por dentro.

—¿Y quién no te dice que haya alguien aquí? Antes estaba en el armario, era él...

La señora Morton manifestó con expresión que reflejaba viva confusión, dirigiéndose a Allen:

—Buck estaba ahí dentro del ropero. Ha vuelto a su juego de mostrarse como un difunto. Le aseguro que no ha sido una alucinación.

—No debe mencionar tal cosa siquiera, señora, ya se lo he dicho. Estoy convencido de que está usted bien...

—Estaba convencido. Ahora, puede dudar, se repite el juego demasiado.

—No dudo.

—Puedes cerrarte por dentro. Y echaremos un vistazo antes de irnos.

—Prefiero acompañarles —manifestó Grace.

Allen se volvió de espaldas y la dama saltó de la cama, envolviéndose en la bata.

—Está usted temblando de frío...

El joven, antes de salir, miró dentro del armario que había sido cerrado por June y miró también debajo de la cama y de otro mueble.

Finalmente cerró la ventana y la puerta de comunicación con el cuarto de baño.

—Vamos. Debemos dejar asegurada esta parte, aunque no creo que haya nadie por aquí. El centro de ellos está en la otra parte de la casa.

A medida que se fueron acercando a la habitación de Karen, fueron dejando encendidas las luces.

Una vez en la puerta, se detuvieron. La puerta estaba entornada, la luz del interior de la habitación apagada y el silencio en ella era absoluto.

June encendió por medio del conmutador que estaba fuera; y Charles, decidido, empujó la puerta.

Las dos mujeres gritaron al mismo tiempo, saltando hacia atrás, dando vivas muestras de espanto.

Karen, vestida todavía, se hallaba tendida en el suelo, cerca de la cama, y por su posición de muñeco desarticulado y sus ojos desencajados, se advertía a primera vista que estaba muerta.

—La han estrangulado con este pañuelo —manifestó Charles, señalando un pañuelo de seda de colores vivo que la joven tenía enroscado en el cuello.

—Antes no lo llevaba —murmuró June, que se había rehecho en parte del susto.

—¿Cómo pueden ser tan malos? ¿Por qué la han matado? —preguntó Grace.

—La primera respuesta que se me ocurra es que ella les ha ayudado, y han querido evitar que si se la estrechaba luego a preguntas, hablase descubriéndolos.

Grace se estremeció visiblemente mientras que June exclamaba:

—¡Qué bestialidad! Han podido hacer lo mismo con cualquiera de nosotras dos.

—No existen los mismos motivos, ni para ellos la cosa puede tener el mismo resultado.

—¡Habrá que avisar a la policía! —exclamó Grace.

—Sí. Puede que una de las cosas que persiguen ellos sea esa, que venga la policía...

—¿Por qué tienes esa idea? —preguntó June.

—No se asesina así porque sí, June.

—El motivo que diste antes me pareció más lógico.

—Es el primero que se me ocurrió; pero eso no quiere decir que no haya otros... Vamos a estudiar lo sucedido, así sabremos los motivos que les indujeron a matarla.

—¿No puede hacer nada por ella? —inquirió Grace.

—Nada en absoluto, señora Morton. Está muerta y no la debo tocar.

Tras una breve pausa, preguntó:

—¿Quieren referirme lo sucedido?

—Vamos a mi gabinete —pidió la dueña de la casa—. Allí les veremos mejor si intentan moverse.

Se aseguró el joven de que no había otra salida en la alcoba de Karen, adquirió también el convencimiento de que no quedaba nadie dentro de ella y, cerró por fuera con llave, guardándose esta en el bolsillo.

Se dirigió luego a Grace:

—Bien, señora Morton, confío en que me dé usted permiso para actuar así.

—Puede hacerlo, Allen, y se lo agradezco mucho.

Una vez en el gabinete, preguntó el joven:

—¿Cómo empezó todo?

La señora Morton tomó la palabra, iniciando su relato, explicando todo lo que había hecho desde el momento en que dejara a June en la cama.

—¿Así pues, Karen, la doncella, no dio señales de vida cuando ustedes llegaron?

—No. Salimos pocas veces, pero le tengo dicho que se acueste y no se preocupe por nuestra llegada.

Cuando la señora Morton llegó en sus explicaciones al momento en que abrió el armario, preguntó Allen, que escuchaba atentamente:

—¿El armario estaba cerrado con llave?

—Sí.

—¿Seguro? —insistió.

—Lo recuerdo perfectamente. Di vuelta a la llave.

—Y su esposo estaba dentro, ¿no es eso? —preguntó el joven adivinando lo que iba a seguir.

—Sí.

Siguió Grace con un relato de lo sucedido.

Allen interrumpió, diciendo:

—Perdone, señora Morton... Si él estaba dentro y la puerta del armario se hallaba cerrada, con llave, significa que alguien había cerrado desde fuera...

—Es cierto. No se me había ocurrido pensar en ello.

June dijo a su vez:

—Yo ni siquiera había tenido ocasión de hablar con mamá.

—Pudo ser esa desgraciada joven quien lo cerrara. Si luego ella se ablandaba y decía la verdad, todo el tinglado de las alucinaciones tuyas se les vendría abajo, señora Morton.

—Es cierto.

—Pues ya tenemos uno de los motivos de la muerte de esa chica. Lo podemos dar por seguro...

—Ya te dije que me parecía bueno...

—Ella les ha podido abrir, ayudarles en todo, antes y ahora...

Tras una pausa dijo el joven:

—Y tenemos clara una cosa. Su marido trata de presentar sus

alucinaciones y, por tanto, su locura, como motivo para lograr el divorcio...

—Para mí no hay duda alguna —admitió la señora Morton.

—Así pues, él y los que le ayudan buscan dar un estado oficial a lo de sus alucinaciones...

Se dio el joven médico una palmada en la frente y dijo:

—¡Ya está! ¡Otro motivo para matarla! Tiene que venir la policía, se ha de explicar lo sucedido y entonces usted podría caer en la tentación de acusar a Buck...

—¡Cierto! —exclamó June.

—El tendrá su coartada, podrá demostrar que a estas horas estaba a muchas millas de aquí y, saldría a relucir lo de sus alucinaciones. ¡Y ya la tendría pillada!

—Tienes razón —aprobó June—. Pero, ¿cómo vamos a eludir hablar, de lo que realmente ha sucedido?

—Sin embargo, hay que eludirlo.

—Está mi disparo... —señaló June.

—Motivo de más. Algunos hombres se han movido por aquí dentro...

—¿Móvil? —preguntó June.

—Señalar el móvil no es cuestión nuestra, sino de la policía. ¿Robo? ¿Tal vez pretendían asesinar a Karen? ¿Qué saben de la vida de ella?

—Muy poco. Vivía en Harlem con sus padres. Ellos murieron y nosotras la metimos en casa. Los padres de Karen habían trabajado en uno de nuestros elencos artísticos. Eran bailarines.

—¿Y ella? —preguntó Charles.

—No resultaba dócil, tenía un sentido muy particular de la independencia. Últimamente no, pensaba más que en divertirse y llegó a anunciarnos que no se quedaría en casa por las noches...

—¿Qué edad tenía?

—Veinte años... Llegó a estudiar «ballet» y baile moderno. Pero parece que confiaba más en su atractivo que en su arte —manifestó la señora Morton.

June dijo a su vez:

—Ella actuó tiempo atrás —y no sé si seguiría actuando en los ratos libres— en una de esas salas de baile de a diez centavos el «ticket». Trabajó en una sala que se llama «Roseland»...

—La conozco —manifestó Charles.

—Ella quiso entrar en uno de nuestros elencos, la hice ensayar y le hice ver que no estaba preparada aún para ello. Aquello la enojó bastante —informó también la señora Morton.

—¡Muy interesante! Aunque ese detalle nos puede servir más a nosotros que a la policía. ¿Algo más?

Madre e hija se miraron y la primera respondió:

—Nada más de momento, al menos, no recuerdo nada más...

Suspiró y añadió tras breve pausa, en tono de lamentación:

—¡Pobre Karen: Ignoro el daño que haya podido hacer, ni lo que la ha podido mover a traicionarnos, pero lo que sea, lo ha pagado bien caro.

Tras meditar unos instantes, dijo Charles:

—En realidad, lo que se refiere a la traición de Karen no conviene dejarlo ver. En cuanto a su conducta fuera de la casa, es cosa de la policía averiguarlo.

Repasaron minuciosamente lo sucedido, y al fin Charles dio instrucciones a las dos mujeres sobre lo que debían declarar.

—Lo del disparo tuyo queda así suficientemente explicado —manifestó el joven médico después de terminar.

—Aun no comprendo cómo no les di. Yo tiro bien —aseguró June.

—Algún día sabremos lo sucedido. Hasta ahora nos tenemos que conformar con simples deducciones. No debes atormentarte. Habría sido un asunto difícil de explicar que hubiese sido Buck y que le hubieses acertado.

—Tienes razón. Pero, al menos, se habrían terminado sus fantasmagóricas apariciones...

Una vez lo tuvieron todo claro, Charles tomó el auricular y, una vez tuvo línea, hizo su llamada a la policía.

—¿Homicidios? —preguntó—. Se ha cometido un crimen...

CAPÍTULO VII

Después que hubieron actuado los fotógrafos y los del gabinete

dactiloscópico, así como el forense, adelantaron un informe al teniente Simpson de Homicidios, encargado de la investigación.

Los del dactiloscópico afirmaron:

—Ni una sola huella...

—¿Profesionales? —preguntó Simpson.

—No lo podemos asegurar. Pero si se trata de aficionados, deben ser inteligentes...

El forense mostró a Simpson el pañuelo de seda que Karen tenía arrollado al cuello y dijo:

—Esta ha sido el arma.

—¿Considera que el asesino ha sido hombre o mujer? —preguntó Simpson al forense.

—Hombre, sin duda alguna. Y vigoroso, además. Ella se ha defendido...

Entregó el pañuelo al teniente Simpson y luego le mostró un botón pequeño, negro.

Y añadió:

—Posiblemente, el asesino iba vestido de negro. Y ha perdido un botón de una de las mangas.

—¿Estaba en el suelo?

—No, lo tenía ella en su mano derecha... Se lo arrancó en la lucha.

Simpson miró a Allen, que vestía de negro. Su mirada se fijó en la manga izquierda y observó:

—Ahí falta un botón.

—Sí. Hace varios días que falta. Véalo usted mismo.

Las dos mujeres se habían sobresaltado, para volver a respirar con expresión de alivio cuando Simpson dijo tras comprobarlo:

—Es cierto. Además, son diferentes. Este botón conserva aún el hilo y se advierte que fue arrancado no hace mucho.

El teniente manifestó entonces:

—Hay mucho orden en la casa. No parece que el motivo haya sido el robo. ¿Han tocado algo?

—Hemos dejado todo como estaba —repuso la señora Morton.

—Supongo que si hubiesen querido robar lo habrían hecho antes de llegar nosotras o hubiesen aguardado escondidos a que nos hubiésemos acostado. La casa es grande... —dijo June.

—Cierto... ¿Podría describirnos al hombre contra el cual

disparó?

—Lo único que puedo decir es que era alto, no muy grueso; sin embargo, parecía bastante ancho...

—¿Vestía de negro?

—Al menos, me pareció que vestía de oscuro. Debe tener en cuenta que solamente vi su silueta al contraluz de aquella ventana que enfrenta con la puerta de la alcoba...

—Tiene razón... ¿Y dice que la víctima gritó antes de que usted disparase? —preguntó Simpson.

—Sí. Gritó; y cuando yo marché hacia allí se apagó la luz y retrocedí para volver con mi madre, que no quería quedarse sola.

—¿No pensó usted que una vida corría peligro?

—También corría peligro la vida de mi madre. Además, obré por impulso. No me equivoqué, puesto que entonces descubrí al hombre y tiré...

—¿Cómo es que usted llevaba pistola?

June respondió con aire cansado:

—Se lo dije antes. Habíamos oído ruidos sospechosos en la casa...

—¿Duerme usted con su madre?

—No. Pero ella no se encontraba bien después de nuestra salida; fue ese el motivo de retirarnos pronto. Y cuando se oyeron los ruidos ella me llamó; estaba asustada. Yo también había oído algo y tomé la pistola.

—¿Están ustedes solas en la casa?

June respondió con viva ironía:

—Está claro que no. Forman ustedes, casi una división.

El forense y los del dactiloscópico, que estaban presentes, sonrieron y hubieron de contener la risa.

El teniente Simpson se mordió los labios, diciendo al cabo:

—Usted me entiende perfectamente, estoy seguro. Quiero decir si vivían las tres solas en casa.

—Vive también el marido de mi madre, pero está ausente. Hoy mismo se han recibido noticias de él desde Denver.

—Total, que estaban solas y usted tiene una pistola por si acaso...

—Total, que estamos solas y yo tengo una pistola porque mi propio padrastro me la regaló pensando en sus ausencias. Parece

que hay demasiados maleantes sueltos, campando por sus respetos —recalcó June.

El policía carraspeó. Los otros volvieron a contener la risa.

—¿Por dónde cree usted que entraron esos hombres?

—No he hablado de esos hombres. No he visto más que a uno...

—De acuerdo. Pero parece ser que había más de uno. Uno actuaba mientras otro encendía o apagaba a voluntad...

—Yo no soy policía, teniente, y estaba demasiado asustada para pensar.

—Sin embargo tuvo valor para tirar...

—O tal vez fue el miedo el que me impulsó a darle al gatillo. Debía estar nerviosa, porque tiro bien y, sin embargo no acerté.

—Tal vez no acertó usted porque no hubiese tal figura humana ante su vista...

—¿Quiere significar con eso que estoy mintiendo? —replicó June.

—¡Oh, no! Pero pudo ser una sombra, incluso una alucinación...

El policía se volvió hacia Grace y le preguntó:

—¿Usted también vio la silueta?

—También.

—¿Gritó cuando la vio?

—No lo recuerdo...

El policía estaba evidentemente desconcertado. Se volvió hacia sus colaboradores, diciendo:

—Un caso extraño de verdad. No tocan nada, no intentan robar, asesinan a una pobre chica, retroceden luego ante dos mujeres a las que posiblemente intentaban matar...

June apuntó:

—Supongo que una bala que silba cerca de la cabeza de uno puede hacer retroceder al más valiente, sobre todo si piensa que detrás de esa pueden ir otras balas.

Simpson pareció humanizarse al responder a June:

—Tiene usted razón, señorita Baker. Pero habrá de admitir conmigo que todo es muy extraño y que mi deber es desconfiar de todo.

—Lo admito y estoy dispuesta a ayudarle, lo mismo que mi madre, que el propio doctor Allen...

El policía preguntó al joven:

—¿Usted recibió una falsa llamada del hospital en donde presta sus servicios?

—Sí.

El policía pregunto a June:

—La víctima fue a avisar al doctor porque su madre no se encontraba bien. Él acababa de separarse de ustedes...

—Así es. Quedamos en que si empeoraba se le avisara. Al susto que nos produjo el movimiento advertido, le pedimos que lo llamara.

—¿Ella no estaba asustada?

—No pareció que lo estuviese...

—¿Había oído los ruidos?

—No había oído nada. Bien, había oído el ruido que hicimos nosotras al entrar. Y luego oyó mi llamada.

—¿Por dónde entraron los fulanos esos? No han violentado nada.

—Pueden haber entrado por la puerta si les han abierto o han conseguido un duplicado de la llave... —respondió June tratando de evitar que interrogasen a su madre.

—Cierto.

—Pudieron entrar por la terraza contigua, como después entró el propio doctor Allen... Él ya ha dicho cómo y por qué entró... —agregó June.

El policía, que iba a volver a interrogar a Charles, guardó silencio, asintiendo con un simple movimiento de cabeza.

June prosiguió, diciendo:

—Ignoro si pudieron entrar por la finca contigua, de la otra parte, por la ventana de la alcoba del marido de mi madre. Pero no es imposible, supongo.

El policía se dirigió a la señora Morton.

—No pretendo molestarla, señora, pero cualquier dato nos puede abrir un camino en esta oscuridad...

—Pregunte sin temor alguno, teniente.

—¿Usted y su esposo tienen alcobas separadas?

—Sí. Él lleva nuestro negocio teatral, viene tarde unas veces, se ausenta para regresar inesperadamente otras; y así me evita molestias...

—Entendido.

Simpson, acompañado por uno de sus hombres, pasó a la alcoba de Buck. Cuando volvió, dijo a la señora Morton:

—La persiana de la alcoba de su esposo se puede abrir desde fuera lo mismo que desde dentro. Sugiero que cuando terminemos las diligencias, la arreglen...

—Gracias, teniente. Lo haré tan pronto me autorice.

En aquel momento llegó a oídos de los reunidos la música de la «Appassionata», de Beethoven, que fue sustituida a poco de empezar por el «Réquiem», de Mozart, dando la impresión de una acción preconcebida, bien meditada.

Grace hizo un esfuerzo sobre sí misma tratando de dominar sus nervios.

Simpson, ocupado en sus propios pensamientos, no se dio cuenta de ello. El policía ordenó a dos de los hombres que tenía a sus órdenes:

—Infórmense de quién tiene el apartamento que linda con éste por la parte izquierda, y si el ocupante está en él.

La actuación de los técnicos de la policía tocaba a su fin. El cadáver de Karen fue retirado.

Simpson pidió datos sobre la infortunada víctima, siendo informado por Grace, que había logrado serenarse, la cual cuidó bien de no dar opinión personal alguna sobre Karen, limitándose a una información objetiva, concreta, respondiendo escuetamente a las preguntas de Simpson.

—¿Dice usted que su marido regresa en ocasiones inopinadamente? —preguntó el policía de improviso.

—Sí. Sucede, aunque no con frecuencia.

—¿Las relaciones entre su esposo y usted son buenas?

—Pongamos que son correctas —respondió sin inmutarse la señora Morton.

—¿Puede haber llegado hoy inesperadamente mientras ustedes estaban fuera?

—Yo no lo he visto. No lo juzgo imposible, aunque esta mañana hayamos tenido noticias de Denver. En avión es cuestión de unas horas el regreso.

—Pero usted no tiene noticia alguna sobre su regreso.

—Ninguna. June, ¿quieres mostrar al teniente la comunicación telegráfica que hemos recibido de Buck?

June hizo lo que se le pedía. Simpson, tras leerla, preguntó:

—¿Es corriente que haga estas comunicaciones?

—No. Es posible que sea la primera vez que lo hace en mucho tiempo. En año y medio o más. Antes era frecuente —puntualizó Grace.

—Esta comunicación está firmada por él, pero puede haberla puesto otra persona —expresó Simpson.

—Creo que es inútil que le responda a tal cosa, teniente...

—Completamente inútil, puesto que usted admite la posibilidad de que sea así.

—Sería absurdo que yo negase...

Allen, que observaba a Grace, admiró la serenidad de que ésta daba muestras después del esfuerzo realizado para dominar las impresiones que había experimentado al escuchar por última vez el «Réquiem».

Llegaron a poco los dos policías enviados a la finca de al lado. Uno de ellos informó:

—El departamento que linda con éste se halla ocupado por un tal doctor Jesse Turpin. Se trata de un fulano de esos que se dedican a curar locos, y ellos están peor que sus pacientes.

—¿Han hablado con él?

—No. Está ausente hace unos días. Hemos llamado y no responden... sin embargo, allí dentro se oía música, que parecía de muertos. Puede que fuese un tocadiscos.

El otro policía que masticaba chicle, añadió:

—No comprendo cómo les gusta tocar músicas de esas. El fulano debe estar como una regadera...

Simpson hizo memoria y comentó luego a media voz:

—Jesse Turpin. Me va por la cabeza ese nombre, y no es porque yo haya acudido a su consulta—. Creo recordar que se vio mezclado en un asunto de estupefacientes...

Entre Grace, June y Allen se cambiaron sendas miradas de entendimiento.

CAPÍTULO VIII

Próxima la hora de almorzar del siguiente día, Allen llegó al departamento de Grace Morton.

June se había levantado hacía más de dos horas y Grace lo había hecho no hacía mucho aún.

—¿Cómo va todo? —preguntó el joven.

—Bastante bien. A pesar de lo sucedido, aunque me costó bastante, he logrado conciliar el sueño. ¿Alguna novedad?

—Ninguna. El teniente Simpson pidió autorización para registrar el departamento de Turpin. No encontraron en él nada que pueda servirnos, ni a nosotros, ni a la policía.

—Así pues, ¿estaba ausente?

—Al menos, tenía su coartada. Llegó esta mañana, alrededor de las ocho. Trató de armar escándalo al enterarse de que el departamento había sido registrado; pero Simpson le hizo ver la conveniencia, de que se mordiese la lengua.

—Hubo un momento en que pensé que Simpson estaba enterado de cosas, y trabajaba aliado a mi marido.

—Es su forma especial de trabajar. No es mal policía. En ocasiones no le importa pasar por tonto con tal de llegar a conocer cosas, o de hacer caer en contradicciones a quién sea.

—A mí me pareció impertinente —dijo June.

—Lo comprendí enseguida. Pero como ibas bien en las respuestas, consideré conveniente permanecer en segundo plano y no acudir en tu ayuda.

—¿Y cuándo lo del botón de la manga? De verdad que temí por ti —manifestó June.

—Ya lo sé. Llegaste incluso a pensar en un momento que podía ser el culpable...

—He de admitir que sí, aunque Simpson no me dio tiempo a pensar...

—Estaba en contra mía la entrada que hice cuando los gritos de Karen y tu disparo...

—Sí, me dio miedo. Estamos en un momento en que se recela de todo y de todos. Llega una a pensar mal incluso de sí misma, y una mano no confía en lo que hace la otra mano.

Allen, tras sonreír en plan comprensivo, manifestó:

—Simpson había advertido que ella tenía el botón en la mano, aunque mantuvo silencio sobre su descubrimiento. Se dio cuenta

también de que a mí me faltaba un botón en la manga, precisamente en la izquierda, la manga que ella debió aferrar en su lucha desesperada para evitar que se cerrase sobre su cuello...

—¿Por qué en la manga izquierda?

—Ella tenía el botón en la derecha. El grito de ella quiere decir que el asesino estaba frente a Karen, posiblemente, hablando amigablemente con ella, cuando la atacó inesperadamente...

—¿Y no le ha dicho todo eso al teniente Simpson? —preguntó Grace, admirada.

—Es innecesario. Él es un profesional y habrá ido en sus pensamientos bastante más lejos que yo. Ya les he dicho que no tiene nada de tonto.

Las cortinas que cubrían la puerta del gabinete en el cual se hallaban, se agitaron tal que si se hubiese establecido repentinamente una corriente de aire.

Las dos mujeres y Allen fijaron la vista en ellas.

No se oyó ruido alguno.

Grace rebulló inquieta mientras que June empuñó la pistola, de la cual no se separaba desde la noche anterior.

La madre miró el arma con aprensión, diciendo:

—No me gusta ver eso en tus manos, June.

—Ni a mí tener que emplearlo...

Había cesado el movimiento de las cortinas. Allen, atento, anunció:

—Creo que debemos estar preparados para recibir visita, aunque no puedo imaginar por dónde se presentará...

—¿Quiere decir que está ahí...?

—La corriente de aire que ha movido las cortinas se ha producido al ser abierta la puerta del departamento. Ha sido abierta con llave. No creo que haya muchas personas que tengan llave del departamento...

—Si se nos excluye a nosotros, únicamente Buck... La que tenía Karen, la he recobrado —anunció Grace.

—Entonces debemos prepararnos para recibir a Buck... Calma, señora Morton...

—Es difícil conservar la calma ante él, cuando se le sabe el causante de todo lo sucedido, cuando está una convencida de que es el asesino de esa pobre chica...

—Sin embargo, es necesario conservar la calma. Así él no tendrá más remedio que mostrar su juego.

—Si lo conociera no pensaría así. Él tiene doblez suficiente para mostrar cualquier juego menos el suyo.

Llevaban la conversación, a media voz desde que habían advertido por el movimiento de cortinas que no estaban solos en la casa.

Allen preguntó en tono normal:

—¿Quiere usted decir que es capaz de demostrarnos que es Napoleón?

—Por lo menos no vacilará, en presentarse como el emperador Maximiliano, reencarnado en el cuerpo de un inocente corderito

—manifestó June en tono humorístico, en voz bastante alta para que la pudiese oír el visitante si estaba cerca.

La pieza se oscureció ligeramente de improviso al proyectarse una sombra en la ventana del gabinete, que daba a la terraza.

En tal ventana se había dejado ver Buck, que sonreía entre amable y burlón, diciendo en voz grave:

—¡Hola!

Era bastante alto y muy ancho, aunque estaba delgado, según lo había descrito June a la policía.

June, de manera deliberada, giró rápidamente y lo encañonó con su pistola a la vez que montaba el arma.

Buck Morton no esperaba tal acción por parte de June y saltó rápidamente de lado, desapareciendo del marco de la ventana y advirtiéndolo inmediatamente con voz alterada:

—¡Diablos, que soy yo! ¿Es que no me habíais conocido?

No obtuvo respuesta y volvió a asomar, aunque tomando las naturales precauciones.

June respondió entonces:

—Me fastidia jugar a fantasmas, y eso has sido tú ahora para mí. Y quise comprobar si los fantasmas son incorpóreos como dicen, o una bala puede con ellos...

—¡Diablos! Si son incorpóreos es inútil tirar contra ellos. Y si tienen cuerpo no es cosa de comenzar a liquidarlos. Puede ir uno a la silla eléctrica —observó el recién llegado queriendo mostrarse humorístico sin conseguirlo.

—En mi casa, después de lo sucedido, podría llegar a

considerarse legítima defensa. Lo que llevará inexorablemente a la silla eléctrica es el asesinato cometido en la persona de Karen...

Morton no se inmutó, diciendo tranquilamente:

—¡Pobre chica! Estoy enterado de todo el jaleo. No pensaba regresar tan pronto, pero al enterarme he decidido regresar en el primer avión.

Señaló la pistola que June mantenía encañonándole y pidió:

—¿Por qué no apartas ese cacharro? No pretenderás que me arrepienta de haberte hecho tal regalo.

Volvía a hablar en tonillo humorístico, como podría hacerlo un niño mimoso.

June le respondió en tonillo entre irónico y humorístico:

—No te preocupes. No tendrás ocasión de arrepentirte, porque si tiro, no erraré como anoche...

—¡Ya! Tiraste contra uno de esos fulanos. Lo dice la Prensa...

La linda joven, en lugar de responder a Buck, se dirigió a Charles, para decirle:

—No he tenido ocasión de informarte... He encontrado por el lugar en donde cayó la bala trozos de cartón y pequeños fragmentos de material plástico. Parece que no erré el blanco. Lo desgraciado fue que el asesino no osó presentarse y envió por delante una contrafigura confeccionada con cartón y plástico...

—Yo pensé que podías haber sido víctima de una alucinación... No sería el primer caso, y como tu madre... —dijo Morton.

June había desviado ligeramente la cabeza. Volvió a apuntar y dijo fríamente:

—Repíte otra cosa así y te vuelo la cabeza. Estoy dispuesta a defender a mi madre incluso con mi vida. Y no me iré de esta casa aunque te empeñes...

Morton no se inmutó, respondiendo:

—¡Diablos! Me parece estupendo que estés dispuesta a defender a tu madre; pero yo no tengo nada contra ella. Y después de lo sucedido anoche, prefiero que te quedes en casa haciéndole compañía... Pero, ¿quieres apartar el cacharrito? Confieso que no soy un Napoleón...

—Algo de eso habíamos comentado al advertir que entrabas en plan misterioso. Nada de Napoleón... Tal vez Maximiliano reencarnado en el cuerpo de un corderito...

—Me desconcierta tu ingenio, June, no te comprendo — manifestó Morton.

Sonrió con expresión infantil y preguntó luego:

—¿Se puede pasar?

Antes de que le respondieran saltó ágilmente por la ventana.

Habló rápidamente:

—Da gusto sentirse uno en su propia casa. Me cansa viajar y voy a estudiar la cosa para permanecer más tiempo a tu lado — manifestó amablemente.

—Gracias —respondió Grace irónicamente.

—Quiero ocuparme de ti, estás demasiado sola. Sí, ya sé que tienes a June, pero no es suficiente. Además, ella tiene derecho a hacer su vida...

—Te has vuelto muy comprensivo, Buck —dijo June con más ironía aún que su madre.

—¿Qué hay de tu deseo de divorciarte? —preguntó Grace inesperadamente.

El rostro de Morton reflejó doloroso asombro. Tras un breve lapso de silencio, respondió:

—¿Quién habla de divorciarse? No hay otra mujer tan encantadora como tú, la vida nos sonríe... Somos jóvenes aún, nos queremos...

Se interrumpió, tomó asiento, se recogió los pantalones ligeramente para evitar las rodilleras, todo ello de forma un tanto mecánica, y agregó:

—No hay nada como la vida familiar. ¿Hablamos de lo de anoche o preferís que no lo toquemos? Comprendo que debió resultar desagradable. Y esa chica, me refiero a Karen...

Charles interrumpió, preguntando:

—¿Ha pensado usted en el crimen, Morton?

—Sí —respondió el hombre, sorprendido de que el joven le interrogase directamente cuando aún no habían sido presentados.

—¿Qué opinión ha formado de él?

Tartamudeó al responder:

—Ninguna. Es muy difícil formar una opinión...

—Usted conocía bien a Karen. Pensaba incluirla en uno de sus elencos próximamente...

—¿Yo...? —preguntó Morton, inmutándose.

—Es lo que me dijo ella.

—Yo no había pensado tal cosa, no le había dicho nada...

—Si usted lo asegura, habré de creerle. Sin embargo, ella parecía sincera... La verdad es que estaba un poco asustada...

—¿Asustada? —preguntó Morton, desconcertado.

—Sí, verá por qué. En un ensayo se torció un tobillo. Luego, estaba sudando aún, la pusieron en una corriente de aire y le dio un dolor bastante fuerte. La pobre acudió a mí, cojeando y llorando... Me dio pena de verdad, pues ella llegó a ver frustrado su futuro artístico...

Morton tragó saliva y dijo:

—Sigo sin comprender...

—Sin embargo, es fácil de comprender, aunque usted no le hubiese ofrecido incluirla en ninguno de sus elencos. Ella estaría esperanzada y el pequeño accidente le hizo temer que no iba a poder bailar ya nunca más. Es lo que le hicieron creer, al menos, sus compañeras...

—No hay duda que se llevaría un gran susto —respondió Morton tratando de dominar una creciente inquietud.

El recién llegado miró a Grace como queriendo darle a entender que le molestaba la presencia del extraño y que deseaba quedarse solo con ella.

Comprendió Grace perfectamente, pero no se dio por enterada, y en lugar de intentar atender la muda llamada de su marido, dijo:

—¡Bien! Ahora pienso que ni os conocéis, ni os hemos presentado ninguna de las dos...

Grace señaló a Allen e inició la presentación, diciendo:

—El doctor Charles Allen, de quien ya habrás oído hablar por la Prensa. Fue una gran ayuda para nosotras...

—Lo comprendo —murmuró Morton, sonriendo con expresión conejil.

Siguió Grace la presentación, designando a su marido:

—Buck Morton, mi marido.

Charles tendió a Morton su diestra a la vez que decía:

—Tenía verdadero interés en conocerle...

Grace prosiguió diciendo:

—Consideramos a Charles como si fuese de casa. Él y June se

quieren y, como es natural en una juventud alocada que no piensa demasiado en lo que hace y en las consecuencias que puede tener, les ronda por la mente el casarse.

—Me parece estupendo. Razón de más para que yo piense en quedarme a tu lado el mayor tiempo posible.

Grace preguntó con la mayor naturalidad:

—¿Has olvidado ya del todo a Betty Lee?

Antes de que él pudiese responder, dijo June:

—Los hombres son muy inconstantes y, si son artistas, más aún. Y tu Buck es artista, aunque aquel accidente truncase su carrera...

—¿Para qué recordar eso ahora? —preguntó Buck comenzando a inquietarse.

—¿No recordaste tú antes lo de las alucinaciones de mi madre?

—Lo sucedido aquí es muy extraño... Y no quise molestar, comprende...

Se dirigió luego en tono humorístico a Charles, preguntando:

—¿No será usted siquiatra? Porque en tal caso no me gustaría que entrase a formar parte de la familia. Ya sabe lo que hay respecto a ellos. Están todos mal, y el que no lo está, termina por estarlo.

June pareció dispuesta a saltar, pero la contuvo una mirada de Charles, que respondió con apacible expresión:

—Mi dedicación actual es la Medicina General, aunque me estoy especializando en traumatología... Por cierto, me gustaría verle a usted. Me han hablado de su caso...

El gesto de Morton se ensombreció. Y el hombre manifestó hoscamente:

—Lo mío no tiene arreglo. Lo han visto demasiados especialistas. El violín se perdió para mí...

—¿Tiene inconveniente en mostrarme su muñeca? A Karen también le dijeron que no podría bailar más...

—Pero fue gente charlatana...

—No lo crea. También se lo dijeron dos traumatólogos, uno de ellos nada menos que el doctor Sullyvan... Permita, es solo un momento...

Morton estaba descompuesto, volvió a tragar saliva y dirigió sendas miradas de rencor a su mujer y a June.

Al fin, tratando de dominarse, con perceptible temor, alargó la

muñeca que pedía examinar Charles. Al hacerlo, dijo:

—En realidad, aunque con el tiempo estuviese bien, ya no me resolvería nada. Son demasiados años sin tocar un violín. Mi ocasión, pasó.

Charles había tomado con su diestra la muñeca izquierda de Buck Morton. Sin iniciar reconocimiento alguno, dijo mirando a los ojos del marido de Grace:

—Si le molesta, no seguimos adelante. Yo estoy convencido de que no tiene lesión alguna en esa muñeca, y me atrevería a demostrarlo.

Insensiblemente ejerció una presión bastante fuerte sobre los tendones de la muñeca de Buck.

La mirada de éste rehuyó la de Charles, reflejando miedo y odio a la vez. Tiró de la muñeca, sin quejarse, retorciéndola para librarla de la presión que Charles ejercía en ella.

Con un movimiento brusco y vigoroso, Buck logró librar su muñeca a la vez que exclamaba, irritado:

—¡Déjeme en paz, diablos! Aquí no hay nada que demostrar...

Se puso en pie una vez libró la muñeca y miró a los tres personajes que le rodeaban, como hubiese podido hacerlo una fiera acorralada.

Charles se puso en pie también, diciendo:

—Usted no sufrió ningún accidente, Morton. Usted es un farsante.

—¡Me está insultando en mi propia casa!

—Estoy diciéndole la verdad. Su caso no correspondía ni corresponde a un traumatólogo. En todo caso corresponde a un siquiatra. Usted está loco, Buck Morton, pero su locura tiene mucho de voluntaria. Además de loco, es usted un asesino, el asesino de Karen Smith...

Morton giró la mirada en torno, analizando las expresiones de Grace y de June, para volver a enfrentarse con Allen, al cual dijo:

—¡Salga de mi casa!

Grace se mostró firme al decir:

—Eres tú quién se irá, asesino...

—Está loca, se ha vuelto loca y los ha enredado. A usted, Allen, y a ti, June. En ti lo comprendo porque es tu madre, pero en un médico es diferente...

Se dirigió a un aparato telefónico de sobremesa, y se dispuso a llamar tras consultar una agenda.

—Es necesario que te vea el doctor Spencer inmediatamente...

CAPÍTULO IX

Morton se sorprendió de que no intentase evitar ninguno de los tres el que hiciese la llamada, tal que si se hubiesen puesto de acuerdo.

Y semejante actitud le preocupó visiblemente, retirando el dedo cuando se disponía a marcar la primera cifra.

Al advertir que vacilaba, Grace comenzó a sentirse más segura y preguntó en tonillo desafiante:

—¿Qué te sucede ahora? ¿Por qué no llamas?

Morton volvió a tragar saliva y respondió tras breve pausa, sintiéndose observado por sus tres oponentes:

—He pensado que será mejor hablar personalmente con él.

—Mientes. No has llegado a pensar nada. Sientes miedo, eso es todo... —remachó Grace.

—El mismo miedo que le tomó usted al violín cuando se vio al borde del fracaso. Usted se dio cuenta de que no llegaría a dominar jamás la técnica necesaria para que se le considerase algo, tuvo miedo y fingió el accidente. Es usted un cobarde... —expresó Charles con rudeza.

Morton volvió a consultar la agenda para asegurarse de cuál era el número telefónico del doctor Spencer y llamó.

Le respondió una voz femenina, a la cual pidió Buck:

—Con el doctor Spencer, por favor.

—Un momento... ¿De parte de quién?

—Morton. Buck Morton, el empresario.

Se oyó el ruido que hacía el auricular de la casa del médico al ser dejado sobre una mesa y el ruido de los pasos de una persona que se alejaba.

Morton, mientras aguardaba, dirigió a las dos mujeres y a Charles una mirada diabólica.

La espera no duró mucho. La voz femenina pronunció

perfectamente, recalando bien las sílabas:

—Ha dicho el doctor que se vaya usted al diablo...

June rompió a reír estrepitosamente al advertir el gesto de incredulidad que reflejó el rostro de Morton, el cual miró al aparato telefónico con expresión de incredulidad, como si el aparato le pudiese explicar el motivo de la inesperada respuesta.

—¡Oiga, señorita! ¡Por favor!

Morton había reaccionado un poco tarde y casi en el mismo instante que llamaba se oyó el ruido que hacía el otro aparato al ser colocado sobre la horquilla, cortando la comunicación.

Excitado colgó, volvió a descolgar y, al advertir que tenía línea, volvió a llamar.

Se oyó nuevamente la misma voz femenina que decía:

—Aquí doctor Harold Spencer. ¿Quién llama?

—¡Buck Morton otra vez! ¡Es urgente, necesario —recalcó Buck —, que hable inmediatamente con el doctor Spencer! ¿Lo comprende, señorita? ¿Me oye?

Daba la impresión de que estaba realmente loco.

La enfermera de Spencer respondió:

—Trataré de lograr que hable usted con él, pero dudo conseguirlo... Aguarde un momento.

Morton resopló satisfecho, se irguió y miró a las dos mujeres y a Charles con expresión de triunfo.

Mientras aguardaba, preguntó Charles:

—No estoy muy versado en siquiatria. ¿Qué es lo suyo? ¿Epilepsia? ¿Hipocondría? ¿O simple neuromimesis agravada por su fracaso artístico y por su desmedida ambición?

Volvió a resoplar Morton, que hubiese respondido con un ex abrupto a no evitarlo el advertir que a la otra parte del hilo telefónico habían tomado el aparato para responderle.

Se oyó el vozarrón de Harold Spencer, quien preguntó:

—¿Qué diablos le sucede?

—Se trata de mi esposa, doctor. Recuerde que le recomendé...

Spencer interrumpió, gritando:

—¿Qué juego se trae entre manos? ¡Su esposa está perfectamente! ¡Mejor que usted! ¡Váyase al diablo y déjeme en paz con sus trucos!

Morton gritó más fuerte:

—¡No puedo perder tiempo! Si desea verme, venga por la clínica, abone el importe de su visita y no se preocupe. ¡Aquí tenemos camisas de fuerza para los fulanos como usted!

Spencer colgó violentamente, sin aguardar más respuesta.

Morton dio un respingo, miró al teléfono y lo colocó en la horquilla de manera violenta.

Luego volvió su mirada a las dos mujeres y a Charles, que le observaban en silencio.

Los amenazó con el dedo, diciendo:

—¡Se acordarán de mí!

Se dispuso a marchar, pero Charles, tras cambiar una mirada de entendimiento con Grace, le llamó:

—Un momento, Morton, no tenga tanta prisa.

Se volvió Buck en actitud agresiva, diciendo:

—Estoy en mi casa, ¿no?

Grace respondió fríamente:

—Eso es algo que vamos a estudiar ahora. Siéntate ahí, Buck.

—¡No quiero sentarme ahí! ¡Me largo! ¡Y ya tendrás noticias mías!

Allen intervino:

—Por favor, Morton. Estamos ante una grave situación que se ha de despejar. Su esposa le pide por favor que se quede. Por mi parte deseo que las cosas se aclaren. Por un momento fui sospechoso de haber asesinado a Karen Smith, y no estoy dispuesto a que las sospechas vuelvan a recaer sobre mí.

—¡Y es muy posible que la asesinara usted! ¡Arrégleselas como pueda...!

Emprendió la marcha rápidamente.

Allen no pudo resistir a la tentación. Le bastó alargar una pierna para zancadillear a Morton y lo hizo, haciéndolo caer de bruces de manera aparatosa.

Grace había instigado a Charles con la mirada a que hiciera algo semejante, y sonrió divertida, sintiendo que sus nervios estaban más tranquilos por momentos.

En cuanto a June, no vaciló en reír.

—Se lo ha ganado usted, Morton. Siéntese ahí, le conviene...

El ex violinista levantó la cabeza, apoyando ambas manos en el

suelo, volviéndose para mirar a Charles con odio salvaje.

Allen dijo seriamente:

—Si quiere me pondré en contacto con el doctor Spencer para que envíe una ambulancia con el personal necesario y una camisa de fuerza y lo haré gustoso.

June intervino:

—Eso sería hacer un favor a Buck. Tal vez así podría librarse de la silla eléctrica...

Morton dio la impresión de que se sometía. Giró hasta quedar sentado y luego se levantó lentamente, sin prisa.

Pero una vez de pie actuó rápidamente echando mano a una pistola que llevaba en la funda sobaquera.

A tiempo que sacaba el arma, saltaba hacia atrás para quedar fuera del alcance de las manos de Allen, ganando tiempo para montar el arma.

Allen saltó rápido, cubriendo con su cuerpo a las dos mujeres. Y golpeó con la mano izquierda, atacando con el canto de la misma en el antebrazo de Morton, que soltó el arma a la vez que aullaba de dolor.

Se revolvió furioso tratando de asestar un puntapié a Charles; esquivó éste ágilmente y golpeó con solo dos dedos en magistral golpe que alcanzó a Morton en el cuerpo, afectando el plexo solar.

Cayó Morton como si hubiese recibido una descarga eléctrica, incorporándose rápidamente para mirar —con expresión que reflejaba sorpresa— al joven médico, que dijo sonriente:

—Es lógico que tenga unos interesantes conocimientos de anatomía y que sea capaz de aplicarlos a la defensa personal. Con la misma facilidad le podría romper la cabeza, Morton.

—Comprendo —respondió Morton trabajosamente—. Y usted abusa de tal superioridad.

—La vida es así y usted no quiere atender a razones. ¿Dispuesto a sentarse tranquilamente y a conversar? ¿O prefiere que llame a Spencer?

No respondió Buck, diciendo June con marcada ironía:

—Tal vez prefiera que en lugar de Spencer venga el doctor Turpin, Parece que se entiende mejor con él.

—No hay duda que sí. Pero Jesse Turpin está muy desacreditado desde lo del asunto de los estupefacientes —manifestó Charles.

Morton se levantó y se tocó en el lugar en donde Charles le había golpeado últimamente.

—No tema. No hay lesión, no le dolerá y tampoco le ha dejado señal. Si va a la policía con el cuento, no le creerán...

—Es usted muy listo —murmuró el marido de Grace.

—Más de lo que le conviene a usted. Siéntese.

El hombre hubo de someterse, dirigiendo —una vez sentado— sendas miradas de rencor y desconfianza a las dos mujeres, procurando, en cambio, que su mirada no se encontrase con la de Charles.

El joven médico se mantuvo silencioso, mirando fijamente a Morton, que rebulló inquieto al saberse objeto de la observación.

Al fin gritó Morton:

—¡Está bien! ¿Qué quieren? ¡Terminen ya de una vez!

Allen respondió suavemente:

—No se excite, Morton. Nosotros aguantamos ayer pacíficamente sus travesuras. Es justo que aguante usted hoy.

—¡No sé de qué está hablando! —exclamó Morton.

—Usted piensa que no dejó huellas cuando estranguló a Karen, pero se equivoca. En manos de la policía hay algo que se puede convertir en una prueba contra usted.

Grace dijo a su vez:

—Como no hay testigos, puedo hablar de las supuestas alucinaciones entre nosotros... Lo que se diga aquí no te servirá para hacerme pasar por loca, obtener tu divorcio y quedarte con mi negocio y mi dinero...

La mirada de Morton reflejó malignidad cuando dijo el hombre:

—Me gustaría que te oyese Spencer ahora, a ver si seguía opinando que soy yo quien merece la camisa de fuerza.

Grace prosiguió:

—No puedo mostrar que estuviste aquí, es seguro que hasta tendrás tu coartada; pero entre nosotros no valen los disimulos...

—Ha ido usted un poco lejos, Morton —aseveró a su vez Charles.

Morton sonrió con expresión inocente, diciendo luego:

—Continúo sin saber de qué diablos hablan. No sé nada de coartadas, ni de más alucinaciones que las que padeciste antes de casarnos, y que, a lo que oigo, vuelven a producirse...

—No seas cínico, Buck. Y terminemos de una vez. El doctor Allen nos representa. Vas a hacerle entrega de todo el negocio teatral y del dinero. Mamá está dispuesta a darte cincuenta mil dólares y a pedir el divorcio alegando crueldad mental. Cualquier médico siquiatra estará dispuesto a certificarla. ¿Aceptas? —preguntó June de manera impulsiva.

Morton se levantó y se despezó, diciendo con ironía:

—Ya estoy harto de aguantar tonterías... ¿Algo más?

—Nada más. Trataremos de dar a la policía los datos que necesita para que un simple indicio se convierta en prueba que lleve a un hombre a la silla eléctrica.

—Yo diría que eso encierra un chantaje —manifestó Morton.

—Y yo le recomendaría a usted que no lo diga delante de mí. Puede pensarlo, pero que no pase la cosa de ahí porque si me enfado, lo va a pasar usted muy mal. Usted no merece otro trato —amenazó Charles.

—Está bien. Me conformaré con pensarlo; pero que se piense o no, que se diga o se silencie, el hecho no deja de ser por eso.

Volvió a despezarse y dijo:

—Estoy cansado. Voy a descansar un rato. Me gustaría que cuando saliese más tarde de mi habitación no estuviese en casa el doctor Allen. Me molesta su presencia.

Grace intervino:

—No vas a estar en ninguna habitación de esta casa. El piso lo alquilé yo. Todo lo que hay en él es mío y soy yo quien debe decidir si alguien estorba aquí...

Morton se sintió sorprendido por algo que no esperaba y dijo sonriendo con expresión irónica:

—¿Quieres decir que me echas de casa? ¿Lo has pensado bien?

—No te quiero en mi casa. Allen acertó de lleno cuando dijo que habías ido demasiado lejos. Terminó el engaño y no quiero nada con un farsante, asesino y estafador...

La actitud de Morton cambió bruscamente, pasando de la ironía a la sorda irritación; y dijo en tono amenazador, crispando las manos:

—Cuidado con lo que hablas, Grace...

—Mírate a las manos, manos de asesino, de estrangulador... No valdrá la supuesta invalidez de tu izquierda...

Morton, sin poder evitarlo, levantó sus manos que mantenía crispadas, llevándolas casi hasta la altura de sus ojos.

Luego miró con expresión que rebosaba odio a Grace y a June, no osando, sin embargo, mirar al joven médico.

Grace desafió:

—No te tengo ya miedo. Allen y June me han hecho ver claro. Puedes irte con Betty Lee...

Charles remachó:

—Betty Lee y su amigo Myron Kendall...

Al oír el último nombre que dio Charles, Buck se estremeció.

—Grace contempló al joven con expresión de asombro y preguntó:

—¿Myron Kendall, el *gangster*?

—El mismo. No había tenido ocasión de informarla. Myron Kendall, el mismo que se vio comprometido también cuando el asunto de los estupefacientes de Jesse Turpin...

June silbó admirada y exclamó:

—¡Vaya! ¡Dicen que Dios los cría y ellos se juntan!

—¿Y está toda esa pandilla en torno a nosotros? —preguntó Grace, asustada.

—Ignoro la parte que toma Kendall en el asunto, pero él es de los que no le niegan nada a su amiga Betty.

Señaló el joven a Buck y dijo aún:

—Me huele que en esta cuestión Buck Morton no es más que el sujeto de risa.

El ex violinista gritó exasperado:

—¡Basta! ¡Basta ya!

Bajó la voz y dijo en tono amenazador, dando la impresión de que mordía las palabras al dirigirse a Grace:

—Que se largue este fulano de aquí o va a suceder algo gordo.

—Eres tú quien se debe ir.

Siguió una situación tensa.

Morton, como obsesionado, volvió a mirar sus manos, acercándolas a su rostro.

—Manos de estrangulador —repitió Allen—. No comprendo cómo se le ocurrió montar la farsa de que se le había estropeado la mano izquierda. Ni se comprende tampoco cómo pudo engañar a hombres competentes como el doctor Sullyvan.

Fue Grace la que respondió por Morton, diciendo:

—En realidad, no los engañó. Fue a mí y a otros a quienes engañó, a los que creíamos en él y éramos profanos en la materia...

—¡Farsante! —acusó June.

—El doctor Sullyvan, lo mismo que otros traumatólogos, no le encontraron ninguna lesión, ninguna deformación, a pesar de lo cual lo pusieron en tratamiento.

Allen se dirigió al ex violinista, diciendo:

—Farsante, ambicioso y asesino. Creo que sus días están contados. Y si Betty Lee y su protector se salvan, que se salvarán, se reirán de usted a mandíbula batiente...

—¡Basta ya, basta! Me voy, me iré, pero tendrán noticias de mí y no resultarán nada agradables.

Dio media vuelta y marchó rápido, bruscamente, mirando de vez en cuando sus manos.

En la puerta ya, amenazó aún:

—¡Se acordarán de mí! ¡Sí, se acordarán...!

CAPÍTULO X

Dos días después Charles salió de su casa, encaminándose a la parada del ómnibus que debía dejarlo en la calle Veintinueve y Primera Avenida, cerca del hospital Bellevue, en el cual prestaba sus servicios.

En terrenos del citado hospital estaba el «Mortuary Hall», o depósito de cadáveres, a donde eran llevadas las personas que morían por accidente.

Hacía fresco a aquella hora de la mañana y Allen se apresuró a calzar los guantes, apresurando el paso para activar la circulación de la sangre y entrar en calor.

Por la calle transitaba muy poca gente.

Un hombre salió de un portal y caminó cerca de Charles, situándose a su lado aunque dando la impresión de que iba a adelantarle.

Pero de improviso se detuvo y murmuró:

—No se mueva, míster. Mi «Úrsula» le está apuntando con ganas

de cantar. Usted no ha oído cantar a mi «Úrsula», ¿verdad?

Charles comprendió sobradamente de qué se trataba. No perdió la serenidad y, aunque maldiciendo interiormente por no haber previsto que se podía producir un ataque semejante, respondió:

—No he oído cantar a ninguna «Úrsula», y la verdad es que no apetece oírla a estas horas...

—Eso digo yo. Resulta un poco temprano. Si usted es obediente...

—Déjela quietecita en dónde está. El tiempo no le ayuda y podría acatarrarse, quedarse ronca para siempre...

—No debe temer por ella... Usted va al hospital, ¿verdad? Usted es un matasanos de esos...

—Nada de matasanos. Soy un mata bestias... ¿Esta usted en ese caso?

—¡Diablos! Es usted un fulano chistoso... Ahora va a girar por esa esquina...

—Mi ómnibus para en esta misma calle, más adelante.

—Hoy va a ir usted como los ricachones, en auto. Para algo han de servir los buenos amigos.

El hombre hizo sentir la dureza de su pistola a Charles, el cual había observado que les seguía otro hombre que caminaba silencioso detrás de él, dando la impresión de que era ajeno a lo que se trataba entre su compinche y Allen.

El joven médico, sin embargo, no se llamó a engaño, adquiriendo el convencimiento de que si intentaba resistirse, los dos fulanos no vacilarían en dejarlo tendido en medio de la calle.

—¿Qué tal el amigo Kendall? ¿Qué nos prepara ahora? —preguntó Allen de improviso.

—Una ensalada de plomo si no cierra el pico de una vez.

Al girar habían descubierto un automóvil negro, marca «Plymouth», el cual mantenía el motor en marcha.

El fulano que se hallaba al volante se mantenía vigilante por medio del retrovisor colocado adecuadamente, y tan pronto advirtió que sus dos compinches se acercaban llevando a Charles, se apresuró a abrir una de las portezuelas.

—¡Adelante! Hoy llegará al hospital un poco antes que de costumbre. Seguramente que no le esperarán a usted tan pronto.

—Ni a ustedes tampoco...

—Nosotros no iremos, nos quedaremos bastante antes...

El «gorila» obligó a Charles a entrar. El otro «gorila» había entrado en tanto por la parte contraria para aguardar a Charles, al cual hizo sentar en el asiento posterior con modales que no resultaron muy corteses.

El joven comentó:

—No se puede decir que sean dos «gorilas» bien domesticados. En un circo les silbarían.

El que había caminado detrás y que se había sentado frente a él, amenazó mostrándole una pistola, con la cual le encañonó:

—Cierra el pico, matasanos, o te silbarán a ti las orejas.

—Querrás decir los oídos, bestia —manifestó Charles.

Iba a golpear el «gorila» que se consideró injuriado, pero el que había caminado junto al joven y que parecía jefe del grupo, ordenó:

—¡Quieto! ¿No comprendes que busca el lío para ver si se le presenta su oportunidad?

—Si le atizo te aseguro que no tendrá ninguna oportunidad más en su vida.

—Ya sabes que me gustan los trabajos limpios... Y si arma el jaleo aquí dentro, el coche se pondría perdido.

Ya sabes que la sangre es muy escandalosa, y luego el jefe protesta.

—La sangre se limpia. Para algo el tapizado es de plástico

—gruñó de mal humor el «gorila» segundo.

El primero ordenó al chófer:

—Adelante, muchacho. Ya conoces el camino.

—«Okey»...

El automóvil fue puesto en marcha, lanzándose a toda velocidad en dirección al East River.

No tardaron en cruzar la Primera Avenida a la altura de la calle Cuarenta y Tres.

Charles Allen se mostraba indiferente, dirigiendo frecuentes miradas al rostro del granuja que llevaba delante, el cual, al sentirse observado, se golpeó repetidas veces con la pistola en la palma de la mano.

Al fin no pudo resistir y preguntó:

—¿Qué le pasa con tanto mirar míster?

—Creí que descendías del «gorila» por lo bestia, pero mirando a tu cara, más bien se puede pensar en que descienes del conejo.

El «gorila» que iba junto a Charles no pudo evitar la carcajada ante lo justo de la observación del médico, y «Cara de Conejo», enfurecido, atacó con la pistola, cruzando un golpe en dirección a la barbilla de Charles.

Este esquivó el rostro doblándose sobre su izquierda, y la pistola le golpeó aún en el hombro, produciéndole agudo dolor.

Al mismo tiempo que se doblaba para esquivar, desplazó su puño derecho, que estrelló en el estómago de su agresor, el cual boqueó, doblándose hacia adelante.

Se quebró la risa del otro «gorila», cuya pistola apoyó en el costado de Charles, al cual conminó:

—¡Quieto! Otro movimiento y no lo cuentas. Me gustan los trabajos limpios, pero no admito que nadie se burle de mí.

El joven respondió tranquilamente:

—Ha sido él quien zurró primero. No me iba a aguantar...

—Lo has provocado tú...

—Fue él, que quiso saber por qué lo miraba... La cosa no ofrece duda, creo yo. Debías buscar otro compañero de trabajo, porque ese da risa.

«Cara de Conejo» había quedado enrollado sobre sí mismo, medio inconsciente por la contundencia del golpe, un golpe digno de un campeón.

Al fin se fue recobrando, miró a Charles con expresión que reflejaba violenta ira y comenzó a escupir amenazas y maldiciones.

El médico se dirigió al otro fulano, aunque sin perder de vista al que tenía frente a sí.

—Dile que se calle. Me está fastidiando...

En «Cara de Conejo» se produjo una violenta reacción, y levantó la pistola tratando de golpear nuevamente a Charles, quien desvió el brazo.

El otro gánster advirtió severamente:

—¡Quieto, Lowell!

—¡No volveré a trabajar a tu lado! —exclamó el tal Lowell.

—Está bien. No tengo la culpa de que tengas esa cara. Déjate bigote, a ver qué pasa. Y sobre todo, domina tus nervios. El oficio es así, quiere gente de temple —respondió el «gorila» que hacía de

jefe.

Murmuró Lowell, quien se mantuvo quieto, dirigiendo furtivas miradas, a Allen— al cual mantenía encañonado.

Al fin dijo con voz que se le pudo oír:

—Creo que te voy a balear... Con permiso de Purdy o sin él — añadió señalando al «gorila» que se sentaba junto a Allen.

El médico no se inmutó, respondiendo tranquilamente:

—Ten cuidado, muchacho, las pistolas son indigestas, yo lo sé bien como médico. Y corres el riesgo de tragarte una.

Purdy ordenó:

—Deja a tu «Úrsula» tranquila, Lowell. Seré yo quien se encargue del fulano.

—¡Maldita sea Purdy! Algún día nos veremos las caras...

—¡Te digo que embolsilles a «Úrsula»! Domina los nervios y déjate bigote. Me estás fastidiando más de la cuenta...

Por un momento, la pistola de Purdy encañonó a Lowell y Charles pensó que podía llegar el instante de lanzarse.

Pero Purdy era de los que conservaban su sangre fría y no dejó de observar de soslayo, un solo instante, a su prisionero.

Obedeció Lowell «Cara de Conejo», sonrió Purdy, y dijo, dirigiéndose a Charles:

—Buen chico. Tienes talento...

—Eres muy amable al hacérmelo saber...

El «Plymouth» había salido de las calles para meterse en un suburbio nauseabundo, abundante en chabolas y casuchas fabricadas con los más extraños materiales de desperdicios.

Había habitación constituida por medio tonel, unas varillas de metal y unos sacos.

Pasaron aquella especie de cinturón de miseria que ciñe por algunos lugares a la populosa ciudad, la mayor del mundo por su número de habitantes, llegando a una zona de vastos solares prestos para edificar en ellos.

Quedó tal zona atrás y el «Plymouth», que avisó con su claxon, se adentró a poco en una finca bastante descuidada, encerrada toda ella en una verja de hierro, y en el centro de la cual, en medio de la descuidada y abundante vegetación, se alzaba una mansión con bastantes pretensiones, pero que, como el resto de la finca, estaba muy descuidada.

La puerta de hierro chirrió al ser abierta por un fulano que cojeaba, y cuya mirada cruel se fijó por unos instantes en el rostro de Allen, al cruzar el automóvil la puerta.

Serpenteó el coche por el camino trazado entre la vegetación y se detuvo unos momentos ante la puerta del garaje, situado en uno de los laterales de la mansión.

El encargado de abrir el garaje fue otro hombre alto, delgado, vestido totalmente de negro, de ojos muy juntos y expresión siniestra.

Allen no pudo evitar una exclamación y una pregunta dirigida a Purdy:

—¡Diablos! ¿De dónde saca Kendall esta especie de «pim-pam-pum» incluido «Cara de Conejo»?

Lowell rebulló irritado mientras Purdy respondió fríamente:

—Estás en mal terreno ya para armar bronca. Te conviene cerrar el pico.

—No vas a ser tú el único que se divierta, y yo lo hago a mi manera —respondió el médico.

—Espero que te rebajarán las agallas muy pronto. Yo no tendré nada que ver contigo tan pronto te entregue. Y puede que el jefe te entregue a Lowell para que se divierta.

El automóvil había penetrado en el garaje, en donde se detuvo. Saltó el chofer a tierra y abrió la portezuela, anunciando:

—Hemos llegado. El señor está en su casa.

El primero en saltar fue Lowell, deteniéndose pistola en mano frente a la portezuela por dónde Charles debía salir.

El joven médico respondió:

—Nos divertiremos todos.

Purdy obligó a Charles a saltar a tierra. El joven giró la vista en torno, recibiendo la impresión de que el lugar había estado abandonado durante bastante tiempo.

Mal iluminado el local, se encendió una lucecilla verde en el fondo, y el fulano siniestro que había abierto el garaje y que había vuelto a cerrar por dentro, anunció:

—El camino está libre. Adelante.

Se abrió una puertecilla, por la que entró primero Lowell. Purdy invitó a Charles:

—Ahora tú, amiguito.

—A ver si nos respetamos un poco, Purdy.

—Te respeto profundamente, matasanos...

Iba a responder Allen, pero se vio empujado por otro hombre de aspecto siniestro que había dentro del garaje, el cual hizo una especie de chirrido con la garganta.

Purdy advirtió al joven en tonillo burlón:

—Es sordomudo, bestia y malintencionado. Será mejor que le sonrías. Además de eso, no está demasiado bien de la chimenea...

El sordomudo volvió a empujar a Allen, al cual hubiese estrellado contra una puerta de no haberse abierto ésta.

Trastabilló Allen, y Lowell, que se había hecho a un lado, lo zancadilleó, no logrando derribar al joven, que recobró el equilibrio prontamente.

Lowell se había lanzado contra él dispuesto a saltar sobre la espalda de Charles, juzgando que éste no podría evitar la caída. Y fue recibido por un fuerte rechazazo que le alcanzó en la barbilla, derribándolo sin sentido.

El *gangster* cayó al suelo pesadamente, dio una vuelta y quedó inmóvil.

Se hallaban en una pieza de tétrico aspecto, mal iluminada, con las paredes rezumando humedad.

Un hombre que daba la impresión de ser desmesuradamente alto, aprobó:

—¡Estupendo golpe! ¡Hacía tiempo que no había visto dar otro semejante!

El sordomudo adelantó dispuesto a atacar a Charles, pero el mismo hombre que había, alabado el golpe del joven médico lo obligó a detenerse al amenazarle con un cuchillo.

Purdy rió divertido, dirigiéndose al hombre alto, al cual dijo:

—¡Bien, «Doc»! Parece que Price le tiene miedo.

—Respeto nada más, y no siempre. Cuando ve el «bisturí» en mi mano...

Lyonel «El Doc» se dirigió a Charles, sin dejar el cuchillo de la mano.

—Confío en que estará dispuesto a darle la revancha a Lowell.

—Dispuesto, aunque pensé que no me darían tiempo para ello.

—¿Cree que lo vamos a liquidar?

—¿Usted qué hubiese pensado en mi lugar?

—¿Lo han tratado mal? —preguntó a su vez «El Doc» con expresión de inocencia.

—¡Oh, nada de eso! Purdy es un chico considerado. Pero tiene demasiado empeño en jugar con «Úrsula»...

—Purdy es un gran chico. Y tanto él como yo, somos buenos amigos suyos. Usted duda ahora, pero no tardaremos en demostrárselo.

«El Doc» señaló con gesto imperioso en dirección a Lowell, y tanto el sordomudo como otro fulano que salió de un rincón que se hallaba en sombras, se apresuraron a recoger al caído y a desaparecer con él, llevándose a rastras.

«El Doc» prosiguió hablando tan pronto se largaron los otros dos con Lowell.

—Va a conocer a un amigo suyo, aunque usted lo cree un enemigo... Porque usted es un buen amigo de la señora Morton, ¿no es así?

—Sí.

—Este es un buen amigo de la señora Morton, aunque ella no lo quiso decir.

Allen se mantuvo silencioso.

«El Doc» caminó a grandes zancadas, llegando hasta el rincón en donde dominaban las sombras. Una vez en él accionó dos conmutadores y la pieza, iluminada por una mortecina luz, que apenas si despejaba las tinieblas en un círculo de dos metros de diámetro, quedó bien iluminada, particularmente, en el rincón que hasta entonces había permanecido a oscuras.

En el rincón, atado a un sillón, se hallaba Chick Nolan, el joven actor a quién Charles había deseado romper las narices.

«El Doc» dijo en tonillo humorístico dirigiéndose a Charles:

—¿No había sentido usted deseos de romperle las narices?

—Sí.

—Pues si lo desea, lo soltamos; y si logra rompérselas, nosotros, encantados. Queremos demostrarle que aquí se le aprecia.

Allen captó las inflexiones burlonas de la voz de «El Doc», aunque fingió no advertirlas.

—Aquello pasó ya y no soy rencoroso. Además, no creo que ese pobre diablo pudiese resistir ni medio minuto mis puños —expresó

Allen en plan pacífico.

—Opino lo mismo que usted. En realidad, no habría pelea.

Nolan daba la impresión de estar bajo la influencia de alguna droga o de una fuerte dosis de bebida alcohólica.

Al ser encendidas las luces, parpadeó y miró a Charles con expresión desvaída.

«El Doc» indicó:

—Está bajo la influencia de una dosis preparatoria de «pentotal». Es un pobre diablo y no he querido poner su vida en peligro... Aparte de que no mato, ni hago matar nunca a nadie si no es absolutamente necesario...

Hablaba «El Doc» fríamente, señalando en plan despectivo a Nolan, el cual ofrecía también en su rostro algunas señales de golpes.

Al advertir «El Doc» que Charles se había dado cuenta de tal particularidad, dijo:

—Quiso hacerse el valiente y luego demostró que no es capaz de resistir nada.

Siguió una pausa. Nolan dejó caer su cabeza sobre el pecho, cerró los ojos, rió de manera infantil y habló entre dientes, sin que se entendiera nada de lo que decía.

Llegó «El Doc» hasta él, le tomó el pulso y señaló, dirigiéndose a Charles:

—Está en condiciones de que le sea inyectada la dosis definitiva de «suero de la verdad». ¿Quiere hacer el favor de inyectárselo usted mismo?

«El Doc» señaló una pequeña mesa en donde estaba todo dispuesto.

—Usted es un buen médico y lo hará bastante mejor que yo. A mí me va faltando práctica.

Charles se mantuvo en actitud amigable al responder:

—Gracias, pero yo soy médico, no me dedico a ciertas prácticas que entran de lleno en el terreno de la delincuencia.

—No es usted agradecido. Aunque no lo crea ahora, estoy trabajando para usted. Deseo que conozca bien el terreno que pisa...

—¡Muchas gracias! Pero eso no variará mi actitud, agradeciendo el interés que se toma por mí —ironizó el joven.

—No siento ningún interés por usted. Trato de ayudar a un buen amigo y de paso usted puede resultar favorecido. ¿Hace?

—No hace.

—Podría obligarle, pero mi lema es procurar no violentar a nadie. Que cada cual actúe según su conciencia. No me gusta molestar a nadie inútilmente, porque es dejar enemigos a la espalda, y eso no conviene.

Tras una breve pausa, añadió:

—Y si molesto a alguien, suelo hacerlo completamente en serio, de forma que tampoco dejo un enemigo a la espalda. Sencillamente, no dejo a nadie. Un cadáver no es nadie...

CAPÍTULO XI

Después de tales palabras «El Doc» se movió en silencio, apagando algunas luces hasta quedar centrada la iluminación, bastante fuerte, en un círculo dentro del cual quedaban únicamente Charles, Nolan y el propio «Doc».

Purdy había quedado fuera del círculo iluminado, en calidad de observador.

Se abrió una puertecilla y entraron dos personajes más, que quedaron en la sombra, cerca de Purdy, en donde permanecieron silenciosos.

Había, logrado crear «El Doc» un clima inquietante cuando se dirigió a la mesita en donde dispuso en una jeringuilla la dosis de suero de la verdad que debía soltar la lengua de Nolan.

Antes de inyectar, suspiró «El Doc», diciendo luego:

—Uno sabe cosas. Es lástima que no las pueda demostrar. Es lástima también que lo que pueda decir este granuja, no se vea obligado a repetirlo ante la policía primero y ante un tribunal después.

Volvió a suspirar el hombre, el cual tomó la americana de Nolan, que tenía éste sobre los brazos, para dejarla sobre una silla.

Era negra y «El Doc» la dejó de forma que, la manga izquierda quedaba a la vista. Los botones destacaban bien y Charles pudo advertir que uno de ellos había sido arrancado de manera violenta

recientemente.

Se fijó más y le pareció que los botones que quedaban en la manga eran semejantes al que Karen había arrancado a su asesino.

La mirada de Charles se fijó entonces en los pantalones que vestía el joven actor. Eran negros también.

«El Doc», en tanto, había comenzado a inyectar el suero de la verdad.

Allen, aunque pretendía sustraerse a la escena, no pudo lograrlo. Vio cómo Nolan se estremecía ligeramente al sentir el pinchazo de la aguja.

Siguió un silencio impresionante, pues hasta las respiraciones parecían haber sido contenidas.

Terminó «El Doc» su tarea y se retiró, limpiando la aguja y la jeringuilla, las cuales guardó.

Nolan se movió lo que sus ligaduras le permitían, mostrando cierta inquietud.

Comenzó a poco a balbucir palabras ininteligibles y a reír de vez en cuando de manera estúpida.

«El Doc» se dirigió a Allen, preguntándole:

—¿Quiere interrogarlo usted o prefiere que sea yo quien le interroge?

—¿Sobre qué le debo interrogar? —preguntó Allen.

—¿No cree que él puede saber algo sobre la muerte de Karen Smith?

—No tenía idea...

—Pues puede comenzar a tenerla... Y puede preguntarle también sobre sus verdaderas relaciones con Grace Morton. Algo muy diferente de lo que ella dejó ver la otra noche en el club cuando fue usted con ella y con la joven June Baker...

Se advirtió claramente que Allen vacilaba y «El Doc» inquirió en tonillo irónico:

—¿Tiene miedo a conocer la verdad?

—Ningún miedo...

—Entonces, ¿por qué duda? Ahí lo tiene a su disposición.

—No dudo. Sencillamente, no quiero prestarme a estas torpes maniobras.

—¿Torpes maniobras? Es una forma tonta de querer disimular su miedo, de poner un disfraz a lo que es una realidad.

Volvió «El Doc» despectivamente la espalda a Allen, a la vez que decía:

—Yo no le tengo miedo a la verdad.

El hombre se dirigió entonces a Nolan, al cual preguntó con tono que resultó impresionante:

—¿Quién mató a Karen Smith? Tú lo sabes bien, Chick Nolan...

El actor pareció presa de la mayor angustia. Su frente estaba perlada de sudor. Y respondió como hubiese podido hacerlo un sonámbulo:

—Karen Smith... Karen Smith...

Lo dijo con voz monótona. Finalmente se estremeció y dijo alzando la voz:

—¡No sé nada! ¡No sé nada!

—Di la verdad, lo que sepas... —exigió «El Doc».

Nolan hizo un esfuerzo, dando la impresión de que trataba de romper las ligaduras que lo sujetaban al sillón y repitió:

—¡No sé nada!

—Mientes. Tú estabas allí, lo sabes todo...

Tras un lapso de angustioso silencio, respondió Nolan con voz desfallecida:

—Sí, estaba allí... Pero yo no quería matarla, de verdad, no quería matarla. Era joven y atractiva, me gustaba y yo no quería matarla...

—¿Qué sucedió?

—La maté, la tuve que matar. Ella quería descubrir toda la verdad al señor Morton cuando regresara.

—¿Qué verdad?

—Quería decirlo todo.

—¿Qué era ese todo?

—Que yo estaba de acuerdo con Grace Morton para hacer creer que Buck Morton la perseguía...

—Explica eso...

—Yo ponía la música para hacer creer que todo era como Grace Morton decía, yo impregné el departamento de Morton con su perfume, por medio de un pulverizador...

—Hizo una pausa y «El Doc» apremió:

—¿Qué más hay?

—Luego escondí en el armario los discos y el tocadiscos que me

sirvieron para hacer música...

—¿Tú solo lo hiciste todo?

—No. Me ayudó Karen. Le habíamos prometido que la incluiríamos en un elenco...

—¿Y qué sucedió luego?

—Me ayudó también a confeccionar una silueta de cartón y plástico que debía parecer la silueta de Morton.

—¿La moviste tú?

—La moví yo...

—¿La moviste solo? —preguntó inesperadamente Allen.

Al cambiar la persona que interrogaba, Nolan acusó un estremecimiento y no respondió, diciendo al cabo:

—No.

—¿Quién te acompañaba...?

No respondió Nolan, y Allen acosó, preguntando:

—¿Te acompañó Price?

Nolan sudaba copiosamente y negó, diciendo:

—No, no fue Price...

—¿Fue Karen también?

Nolan vaciló. «El Doc» parecía pendiente de la respuesta. Al fin dijo Nolan:

—No. Karen estaba muerta ya.

—¿Quién te ayudó?

—Higgins...

—¿Quién es Higgins?

Nolan respondía entonces con seguridad, sucediéndose preguntas y respuestas como si fuesen disparos.

—Grace lo conoce bien. Higgins es un viejo cómico al cual prometimos también meterlo en una compañía. Es un maldito truhan...

—Entonces. ¿Morton no estuvo en su casa?

—Naturalmente que no.

—Grace dijo que lo había tocado y que incluso estaba frío como un muerto.

—Ella tenía que decir eso, era su papel para hacer creer que Morton trataba de hacerla aparecer otra vez como una perturbada.

—¿En dónde se puede encontrar a Higgins?

—Es fácil encontrarlo... Cualquiera lo puede encontrar con solo

preguntar por él en Broadway.

—¿Grace sabía que debías matar a Karen?

—Claro que lo sabía. Yo le dije que Karen comenzaba a estar asustada. Y entonces me dijo que debía terminar con ella de forma que pudiésemos hacer aparecer a Morton como sospechoso de haber cometido el asesinato.

Allen sintió que le dominaba el asco y una angustia profunda, aunque aún existía en él un fondo de duda.

Sin embargo, la razón le decía que todo podía ser cierto. Todo encajaba perfectamente. Pero, ¿y June? ¿Cabía que June fuese cómplice de su madre?

—¿Te ayudó June también?

Aguardó la respuesta con verdadera angustia.

Nolan respondió:

—June no sabe nada. June cree que todo es como su madre lo presenta.

«El Doc» aprovechó una pausa para comentar en tonillo irónico:

—El «suero de la verdad» no falla jamás. Es una lástima que no se emplee oficialmente y no se admita como prueba. Escaparían muy pocos criminales.

—Y supongo que usted habría ido a parar a la silla eléctrica hace tiempo —dijo Allen, furioso.

—Es usted un desagradecido, doctor Allen. Conoce la verdad gracias a mí, ¿y sale ahora con esas?

Purdy intervino:

—«El Doc» tiene razón, Allen. No es usted agradecido.

Allen, evidentemente desconcertado, crispó los puños.

—Le recomiendo calma —dijo «El Doc» en tonillo irónico, tomando en su diestra el cuchillo que ya anteriormente le había visto esgrimir Allen.

Lo mostró, haciéndolo centellear a la luz, y dijo siguiendo en su plan de ironía:

—Un estupendo «bisturí» que manejo sin fallos...

Después del comentario, preguntó a Nolan, que respiraba angustiosamente:

—Dile al doctor Allen qué fuiste a hacer la otra noche en el club.

—Fui a decirle a Grace que estaba todo preparado para la segunda representación —respondió el joven actor.

—Y por último, sácalo de la angustiosa duda que le atormenta diciéndole la clase de «amistad» que hay entre Grace Morton y tú...

—Grace y yo tenemos una amistad íntima, muy íntima. Y ella tiene miedo a que Morton lo descubra antes de que ella haya logrado eliminarlo.

Siguió un silencio tenso. Allen estuvo a punto de saltar y abofetear a Nolan, impidiéndolo el cuchillo que «El Doc» esgrimía entre burlón y amenazador.

«El Doc» comentó:

—¿Qué quiere? Grace Morton ha vivido demasiado tiempo entre actores, actrices, farsantes... Ella misma ha representado bastantes veces. ¿Qué tiene de extraño que convierta su vida en una comedia o en un drama?



Atado a um sillón

Se encogió de hombros y prosiguió:

—Por otra parte, hay que reconocer que Morton la ha tenido bastante abandonada. Comprensible también. Él es algo más joven que ella. Además, ¡qué diablos! ¡Siempre el mismo plato cansa, por exquisito que sea!

«El Doc» miró luego a Nolan con expresión despectiva y dijo:

—Lo que no concibo es que haya podido enamorarse de un repulsivo mequetrefe como éste. Porque eso es Nolan, un repulsivo mequetrefe...

Los dos individuos que habían estado junto, a Purdy, se retiraron tan silenciosos como habían entrado.

«El Doc» volvió a dejar la iluminación de la pieza con la única y mortecina luz que cuando Charles había entrado.

Price y el otro compinche hicieron acto de presencia, aguardando órdenes.

«El Doc» señaló el rincón, que había vuelto a quedar en la oscuridad, en donde se hallaba Nolan, y ordenó:

—Llevaos esa piltrafa. Le dais primero una tanda de palos y después una zambullida. No quiero que le queden marcas en el cuerpo, ¿entendido?

El compañero del sordomudo hizo un gesto afirmativo.

«El Doc» agregó:

—Luego le dais un par de vasos de *whisky* y que se encargue Lowell de dejarlo en Broadway...

Chirrió la garganta del sordomudo de manera hiriente, y sus ojos de loco reflejaron cruel animación.

Entre los dos hombres se llevaron a Nolan, después de desatarlo. El actor se dejó llevar a la vez que volvía a su incoherente hablar y a sus risas estúpidas, sin sentido.

—Ahora le toca a usted, doctor Allen. Temo que no nos vamos a entender y lo siento, porque no me gusta molestar a la gente...

CAPITULO XII

Se abrió una puerta, entró un nuevo individuo y se volvió a cerrar.

El sujeto que entró era tan alto como el propio «Doc», algo más delgado, de pómulos salientes, ojos grandes de mirar mortecino, cejas juntas que trazaban casi una recta sobre los dos ojos y expresión hosca que parecía inmóvil.

«El Doc» presentó:

—Este es Grank «El Serio». Se ganó su apodo a pulso desde antes de nacer. ¿Es así, Frank?

El hombre se limitó a asentir con la cabeza y a emitir un bronco sonido gutural que había que tomar como una afirmación.

—¿Trata de asustarme con estas máscaras, «Doc»?

—¿Y por qué no? Trato de asustarle para que sea comprensivo. No me gusta matar, ya se lo he dicho antes.

—No pierda el tiempo. No cederé en lo que no deba ceder, pase lo que pase.

«El Doc» sonrió y dijo en plan de comentario:

—A Purdy le apodan «El Riñones» porque, sin parecerlo, se las tiene tiesas con quien sea. A usted le debieran llamar «El Agallas». Lo malo es que aquí tenemos especialidad en rebajar «agallas» y «riñones». A Purdy se lo consentimos porque es de los nuestros.

Purdy dijo burlón:

—Él puede ser también de los nuestros.

—No lo creas, Purdy. El prefiere la muerte —dijo en plan irónico «El Doc».

—Yo debiera estar ya en el hospital, en mi trabajo. Creo que ya está bien para broma.

—Usted puede estar en el hospital antes de lo que imagina —respondió fríamente «El Doc»—. Tal vez no sea en su trabajo, sino dando trabajo a sus compañeros, pero no tardará en estar allí.

—Suelte de una vez lo que quiere de mí.

—De acuerdo. Esa tal Grace Morton ha tratado de envolver a mi amigo Buck. Yo le debo a Buck bastantes favores y ha llegado la hora de hacerle yo uno.

—Todo eso no me importa. Adelante.

—Pero me importa a mí. Morton está en una fea situación. Esa tal Grace ha sabido trabajar y puede hacerle mucho daño. Pero usted y yo lo vamos a evitar.

—No quiero saber nada de esta sucia cuestión —respondió Allen.

—¡Diablos, doctor Allen! Esa actitud suya no es noble. Usted sabe ya lo que hay y debe evitar que se perjudique a un hombre de mala manera.

—Estoy convencido que ese hombre es un granuja y un farsante. No haré nada en su favor.

—Se trata de ayudar a la justicia. Grace Morton tiene influencias, carece de escrúpulos y con un poco de suerte podría llevar a un inocente a la silla eléctrica...

—¡Que se las arreglen como puedan! No sé nada de nada. Y ahora me van a dejar tranquilo. Por mi parte prometo olvidar todo esto.

«El Doc» jugueteó con el cuchillo y se acercó aún más a Allen, diciendo:

—No quiero que lo olvide, sino todo lo contrario. Es una lástima que una declaración conseguida con el «suero de la verdad» no sea válida y usted tiene que darle validez con su declaración.

—No serviría tampoco de nada.

—Sí serviría. La policía investigaría en el sentido que usted señalaría y Morton dejaría de ser sospechoso. Nos conformamos con eso. Creo que es ponerse en razón.

—No cuenten conmigo, «Doc». Ya le he dicho que Morton es un farsante y un granuja. Nadie me lo podrá negar porque lo he descubierto por mí mismo...

—De acuerdo. Pero en este caso...

—Ahí tienen a Nolan. Que declare él.

—¿No comprende que de Nolan no harán caso? Saben de sobra que es un granuja que vive de lo que saca de las mujeres mayores que enamora. Y si quisiera declarar, Grace desharía inmediatamente

su declaración y usted sabe bien cómo. Además, él no va a decir que fue el asesino...

—Si es un granuja y confiesa que lo fue...

—No lo confesará nunca, aunque lo despedacemos, ¿no comprende?

—¡Está bien! Pues arréglenselas como puedan. Despedácenlo si es necesario. Es más indeseable aún que Morton y es un asesino.

—Nosotros lo despedazaríamos y Morton no ganaría nada con ello. Es preciso que usted nos ayude. Resultará sencillo. Escuche antes de negarse.

«El Doc» hizo una pausa y dijo luego:

—Nolan caerá en manos de la policía. El fulano lo merece, se lo ha ganado a pulso, ¿no?

—Si —admitió Allen.

—La policía tendrá también el traje negro en donde falta un botón de la manga izquierda. Precisamente el botón que Karen Smith tenía en su mano derecha.

Allen permaneció silencioso.

«El Doc», tras sonreír, señaló aún:

—Entonces usted declarará ante la policía y dirá lo que le oyó decir al propio Nolan. Naturalmente, usted debe decir que lo oyó en otro sitio y que el hombre parecía borracho. Usted le apretó de cuentas...

—No diré tal cosa...

—¡Él no negará! Y usted nos hará un favor. Total, por una pequeña mentira, ¿quién lo va a saber?

—No cuenten conmigo. Y ahora, déjeme ir...

—Escuche un momento aún. Nosotros sabemos cosas. Usted y June Baker mintieron a la policía por cubrir a Grace Morton. ¿Quiere que la policía sepa que usted la engañó?

—No engañé a nadie...

—Usted se vería envuelto en la muerte de Karen Smith. Podría resultar sospechoso. Aunque luego se demostrase su inocencia, ¿qué sería de su carrera?

Allen se estremeció visiblemente.

«El Doc» prosiguió en tono persuasivo, diciendo:

—Fíjese en mí! ¿Por qué cree que me veo así? Comencé con un lío de esta clase. Yo era inocente, según se demostró más tarde.

Pero ya no me pude quitar la mancha que había caído sobre mi persona.

—Debió ser muy grande y de grasa de la más sucia, y por eso se fue extendiendo hasta el punto de que da usted repulsión, «Doc». Déjeme en paz. Arrégleselas como puedan usted, Morton y toda la demás gentuza que interviene en este asunto.

El joven echó a andar con decisión en dirección a la puertecilla por dónde había entrado.

«El Doc» alargó una pierna y le zancadilleó hábilmente; pero Charles, intuyendo el ataque, saltó a tiempo y aunque trastabilló aún y estuvo a punto de caer, recobró prontamente el equilibrio, aprestándose a la lucha.

«El Doc» atacó con el cuchillo, y Charles esquivó ágilmente, aferrando el brazo armado por la muñeca.

Giró el joven con habilidad, sometiendo el antebrazo a una violenta contorsión que obligó a aullar al «Doc», quien a la vez no tuvo más remedio, que soltar su «bisturí».

Purdy no se atrevió a emplear a «Úrsula» por miedo de herir a su compañero y giró, tratando de entrar a Charles por la espalda. Frank «El serio» le imitó, girando por el otro lado, volviendo a juntarse los dos hombres sin encontrar ocasión de atacar por la gran movilidad del joven médico.

Volvió a aullar «El Doc», el cual, tras ser empujado sin ser soltado, cuando opuso resistencia al empujón, se sintió arrancado del suelo y volteado de manera aparatosa por el aire.

Gritó «El Doc», que fue proyectado con terrible violencia contra Frank y Purdy.

Frank «El Serio» resultó alcanzado de lleno, gimió y cayó arrastrado por el cuerpo de «El Doc», cuya cabeza le golpeó a la altura del estómago.

Purdy resultó tocado con fuerza, aunque saltó a tiempo y salió violentamente despedido, siendo lanzado al suelo a cierta distancia.

Había desaparecido el obstáculo que significaba «El Doc» y no vaciló ya en emplear a su «Úrsula», la cual desenfundó:

Charles no se estuvo quieto, comprendiendo cuál sería la siguiente acción de Purdy, y saltó sobre él, cuando ya la pistola había sido desenfundada.

Purdy intentó, un poco tarde, esquivarlo, pero no pudo evitar

que Charles con sus ochenta kilos de peso, cayera sobre su estómago.

Gritó de manera desaforada y sintió que los músculos se relajaban, teniendo que desprenderse de «Úrsula» para aferrar al joven por los tobillos.

Saltó Charles esquivando las manos del otro y apenas hubo puesto pie en el suelo, le asestó un puntapié en un costado arrancando otro desaforado grito del *gangster*.

«El Doc» y Frank se ponían en pie al mismo tiempo, si bien Frank boqueaba angustiosamente a causa del golpe recibido en el estómago.

El primero se lanzó a empañar su descomunal «bisturí», a la vez que gritaba:

—¡Tú lo has querido, matasanos del diablo!

Charles se empleó con tanta celeridad como el propio «Doc» y empuñó la pistola de Purdy cuando ya el *gangster* avanzaba hacia él dispuesto a hacer actuar el desmesurado «bisturí».

—¡Quieto ahí, «Doc»!

El granuja se hizo el sordo y Charles apretó el gatillo soltando una ráfaga que hizo volar el cuchillo y destrozó la mano que lo empuñaba.

«El Doc» se dejó caer al suelo maldiciendo, temeroso de que el joven le hiciese volar la cabeza.

«El Serio» hizo un esfuerzo al ver a sus compañeros en peligro, y desenfundó.

Por su forma de desenvolverse comprendió Charles que no haría caso de su conminación y volvió a soltar otra ráfaga. Los proyectiles rozaron la mano derecha de Frank y se le clavaron a la altura del estómago.

Abrió la boca el *gangster*, se alzó totalmente y, después de dejar caer el arma, se fue de bruces, arrojando una bocanada de sangre.

Una ráfaga hizo saltar el cierre de la puerta y el joven salió disparado, llegando al garaje.

El «Plymouth» no estaba en él y la puerta se hallaba abierta.

Corrió Charles, pero le salió al paso el que había abierto el garaje cuando llegara. El hombre llevaba en la mano una pistola ametralladora, y Charles no vaciló en dar al gatillo primero.

Se estremeció el hombre a los impactos, dejó caer el arma y, tras

dar una aparatosa voltereta, cayó al suelo, donde quedó inmóvil.

Cerca del garaje descubrió el joven un «Lincoln» negro, cuyo motor estaba en marcha.

No vaciló un instante y se metió en él, lanzándolo en dirección a la puerta de salida.

En el interior de la mansión se oían voces alertando a la gente.

Charles hizo sonar el claxon de forma semejante a cómo había oído que lo habían hecho a su llegada, para que abriesen la puerta de hierro.

El cojo que se hallaba en tal puerta se apresuró a abrir, sonando el chirrido de los goznes en los oídos de Charles como la más grata de las melodías.

Enfiló el joven la puerta con el automóvil.

Procedentes de la mansión llegaron al de la puerta voces de advertencia, y acompañando a las voces, el crepitar de las pistolas ametralladoras, cuyos proyectiles troncharon en abundancia ramas de árboles y arbustos, muriendo unos en el suelo, por delante del vehículo, mientras que otros se clavaban en la carrocería del mismo.

Charles se hundió materialmente en el asiento para proteger mejor su espalda.

Un proyectil redujo uno de los cristales a menudos fragmentos casi invisibles.

El cojo comprendió que debía hacer lo imposible para detener al fugitivo y desenfundó rápidamente tratando de ametrallarlo.

Charles pisó el acelerador a fondo y el vehículo dio un salto asustante, lanzándose contra el cojo que intentaba oponerse a su avance.

Saltó el hombre para esquivar el vehículo, pero aún le alcanzó en uno de los laterales, siendo lanzado al suelo de manera violenta, arrancándole un rugido de dolor al quebrarle una pierna.

El joven médico desconocía el lugar en donde se hallaba, ya que apenas si había entrevisto alguna zona del mismo en su viaje de llegada, pero tenía un gran sentido de la orientación y no tardó en descubrir el suburbio de la miseria —como mentalmente había calificado— por dónde había pasado antes.

No tardó en dejarlo atrás y pocos minutos después se hallaba ya en lugar conocido, dirigiendo el automóvil en dirección a la Primera

Avenida, afanoso de llegar al hospital cuanto antes, y no de la forma que Purdy y «El Doc» hubiesen deseado.

Sentíase desconcertado el joven doctor y antes que nada, necesitaba poner en orden sus ideas. Y la velocidad que llevaba no era adecuada para tal cosa.

CAPÍTULO XIII

Charles aparcó el automóvil lo más cerca que pudo del hospital y, aunque no tenía idea de lo que podía suceder después, como medida de precaución limpió con un pañuelo el volante y demás lugares donde calculó que había tocado con las manos a riesgo de dejar huellas.

No olvidaba el joven que por unos instantes había resultado sospechoso del asesinato de Karen Smith. Y murmuró para sí:

—No se puede actuar noblemente en la vida, está claro...

Rectificó inmediatamente para decir:

—Bien, no soy justo. Hay personas que sí merecen que se actúe limpiamente con ellas. Pero, ¿cómo saber quiénes son?

Le vino a la mente la imagen de Grace Morton y comparó sus actitudes y sus expresiones ante él, con lo que le había oído decir a Nolan bajo los efectos del «suero de la verdad».

Dio un manotazo ante sí, como tratando de apartar tales imágenes y pensamientos. Y entonces fue la imagen de June la que se enseñoreó en su mente.

June había quedado al margen de la basura. Y aquello daba precisamente más valor a las acusaciones de Nolan respecto a Grace.

Había penetrado en el hospital y se dirigió a la sala de Medicina general en donde él prestaba sus servicios.

Le salió al encuentro un compañero:

—Es raro que te atrases, Allen. Te noto sofocado.

—Estuve divirtiéndome un poco por ahí...

—Ya sé que te vieron la otra noche con una rubia estupenda, un bombón de chica. Enhorabuena.

—Gracias... ¿Mucho trabajo hoy?

—Apenas nada de particular. Parece que la gente no quiere morir.

—Hace buen tiempo, y ojalá dure mucho. Hasta ahora.

—Hasta luego.

Salió una telefonista.

—¡Doctor Allen! Le llaman por teléfono.

—¿Quién es?

—No lo ha querido decir. Es una voz femenina, muy agradable por cierto, y muy cariñosa.

La telefonista, joven y agradable, miró a Charles con expresión prometedora y, dando media vuelta, marchó contoneándose graciosamente a la vez que decía:

—Si quiere venir a mi departamento, podrá telefonar con más tranquilidad.

Charles pensó que podía ser June y aceptó, diciendo:

—Gracias. Vamos allá.

—Le prometo retirarme discretamente...

Habían entrado en el departamento de las telefonistas. La que había buscado a Allen le señaló una cabina y dijo luego, tras suspirar:

—Hay chicas que tienen mucha suerte.

Allen fingió no haber oído y entró en la cabina, tomando el aparato telefónico en sus manos.

—¿Sí?

—¿Doctor Allen? —preguntó una voz femenina, de timbre agradable, voz desconocida para él.

—Sí, doctor Allen, dígame —pidió, decepcionado al no reconocer la voz de June.

Siguió un breve silencio y quién habló a continuación fue un hombre, que dijo:

—Escuche, Allen. Tiene las horas contadas si no obedece las instrucciones que le dio «El Doc».

—Siento no haber dado al «Doc» lo que realmente merecía.

—Le ha dado más de lo que debía, lo mismo que a Frank. Obedezca y olvidaremos eso.

Iba a responder Charles con un ex abrupto, pero varió de opinión y respondió:

—De acuerdo, ¡qué diablos! Yo también tengo derecho a la vida.

¿Cuánto me dan? No creerán que voy a trabajar por amor al arte.

Comprendió, por el silencio que siguió, que había sorprendido a su oponente, que dijo al fin:

—Creo que debiera conformarse con que no saliera a relucir demasiado lo de la madre de su prometida, si ella se aviene a razones. Usted me entiende, ¿verdad?

—Sí, pero aquello no me interesa ya.

—De acuerdo. Dos mil dólares.

—Cinco mil. Ni un centavo menos.

—Tira usted muy alto.

—Cinco mil o la silla eléctrica para quien sabe usted. Sé ya demasiadas cosas y una vez en marcha no hay porqué detenerse en minucias.

—De acuerdo. Cinco mil y su piel.

—¿Cuándo soltarán la pasta?

—Tan pronto hable usted con el teniente Simpson. Vaya a almorzar a «Sardi's». Allí le encontrará alguien y le soltará la pasta. Lugar céntrico, para que no haya duda sobre nuestras buenas intenciones.

—Gracias. Aunque ustedes no vacilan en «planchar» a un fulano en la misma «Times Square».

—De acuerdo, pero su caso no es ese. Le necesitamos, ya ve que lo confieso.

—Renueve instrucciones, por favor.

—Nolan está ya en manos de Simpson. Lleva el traje negro en donde falta un botón. Nolan no puede negar nada, ¿comprende?

El desconocido subrayó las últimas palabras.

—¿Quiere decir que nos lo envían para colocarlo en la cámara?

—Exactamente.

—De acuerdo... Adelante —pidió.

Charles tragó saliva ante tal comprobación de los métodos expeditivos que usaban aquellos granujas.

—Confiamos en su inteligencia. Nuestro amigo debe quedar al margen de toda culpabilidad. El asesino es Nolan. No tenemos interés en perjudicar a la madre de su amiguita, siempre que ella acceda a lo que le pide: Divorcio y cesión absoluta del negocio, a cambio de cien mil dólares. Creo que es ponerse en razón.

—No puedo prometer esto último.

—Usted tiene en sus manos armas suficientes para obligarla a ella a aceptar. Basta que le prometa guardar silencio sobre su pasado en lo que a la hija se refiere.

—Trataré de conseguirlo.

—Cuando lo consiga tendrá diez mil pavos más. Y se habrá ganado unos amigos que no son despreciables, ni como amigos, ni como enemigos.

—«Okey». Hasta la hora del almuerzo. Espero que quien venga a verme no sea un cualquiera.

—Puede estar tranquilo. Hable con el teniente Simpson...

Allen colgó el auricular y permaneció pensativo durante algunos segundos.

Asomó a la puerta de la cabina y se dirigió a la telefonista que le sonrió con coquetería. Le pidió:

—¿Quiere hacer el favor de ponerme en comunicación con la Brigada de Homicidios? Pregunte por el teniente Simpson.

—Enseguida, doctor Allen.

Poco después, Allen, que había quedado a la expectativa, comprendió por las señas que le hacía la telefonista, que el teniente Simpson estaba al aparato.

—¿Teniente Simpson? Soy el doctor Charles Allen. ¿Me recuerda?

—Perfectamente, doctor. ¿En qué puedo servirle?

—He sido secuestrado esta mañana por un tal Lowell y por Purdy «El Riñones». He podido escapar por verdadero milagro...

—En manos de mala gente cayó usted, doctor.

Charles dio a continuación la situación y características de la finca a donde había sido llevado y añadió:

—He dejado herido a un tal Lionel «El Doc», y posiblemente habré matado a Frank «El Serio» con la pistola que le arrebaté a Purdy, quien llevó también lo suyo.

Simpson silbó admirativamente y dijo:

—¡Es usted un verdadero torbellino!

—Acabo de llegar de allí después de apoderarme de un «Lincoln». Estaba dentro de la finca con el motor en marcha y lo he aparcado aquí cerca. Creo que si se dan prisa, podrán encontrar allí a la gente.

—¡Vamos enseguida para allá!

—Dé las órdenes y no se retire usted. Aún hay más.

—Aguarde un instante.

Charles oyó que Simpson daba algunas órdenes. Luego, le oyó cuando se dirigió nuevamente a él, preguntándole:

—¿Qué más hay?

—¿Han asesinado a Chick Nolan?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Lo tenían allí y parece que lo sacaron antes de escapar yo, un poco antes...

—Tengo indicios de que se trata del asesino de Karen Smith.

—No haga demasiado caso a esos indicios hasta que no le hagamos la autopsia y hablemos con otra persona. Tratan de montar una hábil farsa y comienzo a verlo ahora. Yo también he sido engañado.

—Enviaré enseguida a Nolan ahí, y procure estar en lo de la autopsia. Hablaremos luego.

—Espere aún. Hay que buscar a un viejo cómico llamado Higgins. Si no se dan prisa, puede que se lo encuentren muerto ya.

—¡Diablos!

—Dicen que es muy conocido en Broadway, que cualquiera puede dar razón de su paradero.

—¡Envío en seguido a tratar de evitar esa nueva bestialidad!

—Yo lo buscaré también, pero dejaré a un buen compañero encargado de lo de la autopsia de Nolan. Me pondré en contacto con usted tan pronto como pueda.

—Eso espero. Y gracias por su colaboración, doctor.

—Por favor, que protejan a la señora Morton y a su hija. La bestia puede hacer mucho daño en sus últimos coletazos.

—Descuide, están, no solamente vigiladas, sino protegidas.

—Gracias. Hasta pronto.

Allen y Simpson colgaron casi al mismo tiempo.

El joven dio las gracias a la telefonista y salió para encontrarse con el director, al cual pidió permiso para ausentarse.

Una vez logrado, se puso al habla con un compañero para que estuviese al tanto de la llegada de Nolan al depósito de cadáveres.

—Quiero que estés presente cuando se le haga la autopsia. Comprueba si esta misma mañana le ha sido administrado «pentotal».

—Puedes irte tranquilo.

—Estoy seguro de ello.

Una vez Allen en la calle, se dirigió al lugar donde estaba aparcado el «Lincoln» negro. El joven observó que un motorista de la policía se había hecho cargo del vehículo.

—Esto funciona —murmuró—. Parece que Simpson no se duerme.

Antes de seguir adelante penetró en un teléfono público y fue llamando desde él a varios cafés y restaurantes de Broadway, de los más económicos, en los que normalmente se reunían los artistas en busca de empleo.

Se presentó como agente de la empresa teatral de la señora Morton y, tras cuatro llamadas, halló a quién le dio la dirección de Higgins, así como su número de teléfono.

Se apresuró a llamar a la residencia donde el cómico vivía por el momento.

Le respondió una voz cansada y poco después se hallaba hablando con el propio Higgins, quien le respondió con voz somnolienta:

—Escuche, Higgins. Soy el doctor Allen, representante de la señora Morton. Ella lo llamará para que me atienda usted...

Higgins respondió con voz alegre:

—¡Precisamente estoy citado con el propio Buck Morton! Acaba de llamarme su secretaria.

—No acuda, no se mueva de ahí. Han asesinado a Nolan y tratan de hacer lo propio con usted.

El viejo se lamentó:

—¡Pero si yo no he hecho nada, no me he metido con nadie!

—Sin embargo, lo quieren eliminar. Estorba usted a alguien. He avisado a la policía para que le proteja. No abra a nadie como no sea a la propia policía o yo, Charles Allen.

Siguió un silencio y Charles hubo de gritar:

—¿Me oye o se ha desmayado?

—Le oigo respondió Higgins con voz temblorosa—. ¿Cómo sabré que es usted?

—Ellos no pensarán presentarse con mi nombre ¿No le han citado a usted?

—Sí...

—Pues no se mueva, de aquí. La señora Morton le llamará enseguida para que confíe en mí...

—Gracias, doctor Allen.

—¿En dónde y a qué hora le han citado?

—A las once en «Simon's». Está en...

—Sé dónde está, no se preocupe. Ya sabe lo que hay, hasta ahora mismo.

Colgó el joven, que a poco se puso en comunicación con June.

Se dio a conocer el joven y dio instrucciones a la chica.

—¿Sucedre algo? —preguntó asustada.

—Sí, y grave, pero llegamos al final. Que llame tu madre a Higgins a donde te he dicho, sin pérdida de tiempo. Y no salgáis a la calle por ningún concepto. Mantente vigilante y no dejes de mano la pistola.

—De acuerdo, Charles... Ten cuidado.

—No te preocupes y confía en mí...

El joven, tranquilizado ya, tomó un taxi, que le condujo a la residencia en donde vivía Higgins.

Cuando llegó cerca de ella, advirtió bastante movimiento de policía y de gente, y el corazón le dio un vuelco, temiendo haber llegado tarde.

Alguien se había lanzado o había sido lanzado por una ventana. El joven comprobó que había sido desde la misma residencia en donde vivía el viejo Higgins.

CAPÍTULO XIV

Al llegar Allen, al cordón que formaban los policías cerca de la puerta de la casa, descubrió al teniente Simpson, al cual llamó.

—¿Es usted, doctor? Adelante.

—¿Hemos llegado tarde? —preguntó el joven.

—Gracias a su aviso, no. Me refiero al aviso que dio a Higgins...

—¿Qué ha sucedido?

—Parece que alguien supo que lo íbamos a proteger, y trataron de adelantarse a la cita que le habían dado. Él estaba asustado y vigilaba a su vez. Vio que se le colaban por la ventana. Se defendió y el otro no llegó a entrar en la pieza.

—Comprendo...

Instantes después se incorporaba el sargento Graame, al cual acompañaban un hombre que había rebasado ya los cincuenta años, de buena estatura y ademanes señoriales, el cual ofrecía en su manera de vestir, en su manera de producirse, la estampa del actor fracasado que no se resigna a morir artísticamente.

Simpson se encargó de hacer las presentaciones, señalando al recién llegado:

—Aquí tiene a Nelson Higgins. Higgins, le presento al doctor Charles Allen.

El actor tendió su mano al joven médico, reflejando en su rostro el agradecimiento más vivo.

—Gracias, doctor Allen, le debo la vida...

—Fue una inspiración momentánea. Pensé que previniéndole por teléfono, tal vez podría evitar que ellos se adelantasen.

—Lo evitó, apenas hubo usted llamado lo hizo la señora Morton. Encantadora, la señora Morton, como siempre. Apenas había terminado la agradable comunicación con ella, observé que alguien intentaba entrar en mi camerino utilizando la ventana; entrada antirreglamentaria, sí, señor...

Higgins hablaba de manera ampulosa, dando énfasis a cada palabra, comportándose de manera rebuscada pero que, sin embargo, no lo hacía antipático.

Terminó de relatar de manera prolija su lucha con el asaltante, al ver caer al cual un acompañante había huido.

Simpson invitó a Higgins y a Charles a qué le acompañasen en su automóvil.

—Daremos una vuelta por casa de la señora Morton. Ella está intranquila.

Charles pidió:

—Yo preferiría volver al hospital para ver lo que haya podido dar de sí la autopsia de Nolan.

—¿Cree que se la habrán hecho?

Consultó el médico su reloj y dijo:

—Si llevaron a Nolan enseguida, ahora estarán con ella. Cuando lleguemos estarán terminando y podremos conocer el resultado enseguida.

Simpson aprobó con un movimiento de cabeza.

—De acuerdo. Tranquilizaré a la señora Morton. La llamaré por teléfono para comunicarle que por el momento todo va bien. Veremos qué resultado ha dado la redada que he ordenado.

Simpson no tardó en reunirse en el automóvil con Allen e Higgins.

—Ya está más tranquila. Le quieren mucho a usted en aquella casa, doctor...

—Yo les correspondo...

El joven se dirigió a Higgins:

—¿Puedo hacerle unas preguntas?

—Todas las que usted quiera.

—¿Tenía buena amistad con Chick Nolan?

—Ninguna amistad. Le conocía de la profesión y le invité algunas veces, cuando yo trabajaba y él no hacía nada. Hasta que supo que no vivía con la dignidad que se le debe pedir a un hombre.

—Así pues, ¿no le han visto últimamente con él?

—Hace más de dos años que nadie me puede haber visto con él. Le despreciaba...

—¿Ha estado usted últimamente en casa de la señora Morton?

—Hace tiempo que no voy a ella. La he saludado últimamente algunas veces, pero siempre por Broadway. Desde que se casó con Morton, él me alejó de allí y yo tengo demasiado orgullo...

—Gracias.

—¿Era solamente eso? —preguntó el actor asombrado.

—Solamente eso. Para que no me lo pudiera decir, a mí o a la policía, es para lo que querían asesinarlo. Así quedaba siempre la duda...

Simpson preguntó al joven:

—¿Quiere aclarar eso, doctor? Desde el primer momento he pensado que usted conoce de este caso bastante más de lo que dijo.

—No lo crea. Hoy he sabido bastante y he llegado a vacilar; y a dudar casi hasta de mí mismo. Cuando conozcamos el resultado de la autopsia de Nolan, hablaré. No quiero adelantarme a los acontecimientos.

Simpson dio prisa al chófer, que no tardó en dejar atrás la Avenida Madison, por detrás de la «Great Station Central».

Por la Avenida Lexington fueron en dirección a la calle Veintinueve en busca de su cruce con la Primera Avenida.

El chófer anunció al fin del largo recorrido, a la vez que buscaba lugar adecuado para aparcar.

—Ya hemos llegado.

Charles fu el primero en saltar a tierra, aguardando a Higgins y teniente Simpson, con los cuales penetró directamente en el «Mortuary Hall».

Marcharon hasta la sala de autopsias.

Habían terminado en aquel momento con Nolan. El amigo de Allen informó a éste:

—Ni rastro de «pentotal». Le inyectaron agua las dos veces, para hacer creer que inyectaban «pentotal», seguramente. ¿Era eso lo que deseabas saber?

—Precisamente eso. Gracias.

—Whisky en abundancia y bastante leña.

El forense se acercó al grupo, saludó a Simpson y a Allen, y confirmó lo que había dicho el amigo de éste, dando a continuación las causas de su muerte.

Luego añadió:

—Le pasaré el informe rápidamente, teniente.

—Está bien. Lo uniré al expediente. Lo que necesitaba saber lo tenemos ya. Muchas gracias por su diligencia.

Volvieron al automóvil. Una vez en él, explicó Charles:

—Sencillamente, montaron la farsa de que inyectaban a Nolan «suero de la verdad» para hacerme creer que él no mentía, que era un enemigo de ellos y aliado de la señora Morton.

El joven explicó entonces lo sucedido en la finca de los *gangsters*, señalando la parte que Nolan había asignado a Higgins al no poder decir que había movido el muñeco por sí solo, y tampoco que le había ayudado Karen, puesto que ésta estaba muerta ya.

—¿Y cómo Nolan accedía a hacerse cargo de la muerte de Karen Smith?

—Lo ignoro. Lo obligarían bajo amenaza o le prometerían sacarlo del país, dejándolo a salvo en cualquier otra parte. Ellos no pensaban cumplir, puesto que habían decidido eliminarlo para que no se volviera atrás después de la declaración...

—Y para apoyar su declaración estaba el traje negro con el botón arrancado...

—Exactamente. Y hubieran suprimido a Higgins para que no pudiese negar que había sido el acompañante de Nolan...

Higgins dijo:

—Ese Nolan fue siempre un mal bicho. Es al último hombre que Grace Morton hubiese recurrido para nada, ni bueno, ni malo. Ella sabe perfectamente que él era un indeseable. Y ella ha sido siempre una persona intachable, pueden preguntar a cualquiera...

Allen dirigió al actor una mirada de agradecimiento. Luego preguntó:

—¿Tanta importancia tiene el negocio teatral que lleva, para que se movilice tanta gente y se llegue al crimen?

El actor silbó explicando admiración y dijo:

—Llevan siempre de cuatro a cinco elencos por ahí, con las obras fastuosamente montadas. Actúan en los mejores teatros de la Unión, del Atlántico al Pacífico y de la frontera del Canadá a la frontera del Sur. Tasando por bajo, puede usted calcular el negocio en marcha en unos tres millones de dólares. No creo que lo cediera por esa cantidad.

Charles silbó admirado.

Cuando llegaron a la Brigada de Homicidios, observaron que había bastante movimiento en ella.

En el antedespacho de Simpson, una sala bastante amplia, con la custodia necesaria, se hallaban hasta ocho detenidos, uno de ellos en una camilla.

Allen reconoció en éste al cojo que había derribado con el «Lincoln», cuando huía. Reconoció también a Purdy, a Lowell y al Doc», que llevaba el brazo derecho en cabestrillo.

Lowell dijo con acento rencoroso a Purdy:

—Si me hubieses dejado terminar con él, ahora, no estaríamos aquí.

Simpson hizo levantar a otro de los detenidos, de aspecto impotente, el cual presentó a Charles.

—Este es el doctor Jesse Turpin. Ahora no saldrá tan bien librado como cuando el asunto de los estupefacientes.

El siquiatra protestó, diciendo:

—¡Yo no quería saber nada de esta cuestión! Pero me obligaron Hyron Kendall y Buck Morton... No podía negarme, me tenían bien aferrado.

«El Doc» gritó descompuesto:

—¡Sucio chivato! Tendrás lo que mereces...

Un policía obligó a callar al «Doc», amenazándole:

—Cállese; y si vuelve a hablar sin que le pregunten, le hago saltar la dentadura de un puñetazo:

Simpson palmoteó la espalda de Turpin, diciéndole:

—No debe preocuparse. Esos no podrán hacer daño ya. Y si nos ayuda, le ayudaremos a su vez, siempre que usted no haya intervenido en delitos graves, como el asesinato de Karen Smith o el de Chick Nolan...

—¡A Karen la asesinó Buck! Yo no estaba allí, se lo aseguro. Con Buck estaba precisamente Lionel «El Doc».

Señaló al herido, que apretó convulsivamente las mandíbulas para no hablar.

Allen preguntó a su vez al «Doc»:

—¿Qué tal el «penthotal» que inyectó a Nolan?

—¡Pues usted bien que picó, medicucho!

—Nolan no era tan mal actor como yo creía.

Higgins dijo despectivo:

—Representaba un papel que le iba, eso es todo. Pero Nolan no hubiese pasado de ser un mal actor... Me hubiese gustado verle con Shakespeare, con Ibsen, con O'Neil... ¡El ridículo, sí, señor! ¡El más espantoso ridículo!

Simpson hizo pasar a Turpin a su despacho particular, junto con Allen e Higgins.

—Tranquilícese, doctor Turpin. No persigo a nadie por sistema y seré el primero en celebrar que usted rectifique.

—Sí, teniente. Si me echa una mano no se arrepentirá. Y yo le ayudaré, no quiero nada con estos malditos criminales. Cuando me enteré de que Karen había sido muerta, me sublevé y decidí terminar con ellos.

Allen preguntó tranquilamente:

—¿Ella le ayudaba?

—Sí. Buck le había prometido elevarla a la categoría de estrella...

—¿Qué tipo de locura es la de Buck, doctor? Yo soy médico, pero de siquiatria no tengo más que las ideas generales que usted puede suponer.

—Es un escéptico, si bien sus ataques no son graves ni frecuentes. Aunque su epilepsia es muy particular, ¿sabe? Muchos de sus trastornos mentales tienen algo de voluntarios. Sus reacciones, en ocasiones, son las de un histérico o las de un hipocondríaco...

—¿Le viene de ahí la simulación de su dolencia?

—Exactamente. La enfermedad le viene porque en su familia hubo varios alcohólicos en las tres últimas generaciones, por ambas ramas...

—¿Por eso su fobia a las bebidas alcohólicas?

—Fobia y miedo, sí...

—¿Es un irresponsable? —preguntó Allen.

—Yo no diría tanto. Es responsable porque, además, está casi curado. Y lo estaría totalmente de haber querido él. Pero su locura lo justifica ante sí mismo —respondió Turpin.

—La señora Morton me aseguró que cuando lo tocó en las dos ocasiones, el frío de la muerte le pasó a través de la ropa...

Turpin sonrió y respondió:

—No tiene nada de particular. Morton ha logrado caer en estado

cataléptico a voluntad. Entonces el cuerpo palidece y se enfría la respiración y el pulso se hacen casi imperceptibles. Y la pobre señora Morton supongo que no estaría en condiciones de advertirlo...

—¿Cuál era su papel, doctor Turpin? —preguntó Simpson.

—Cuidaba de la música, de orientarlo a él... Y mi departamento servía para que él entrase y saliese... Bien, él y los que le ayudaban... Por cierto, que estuvieron ustedes a punto de pillarme por un olvido del encargado de vigilar.

Simpson salió un momento. Cuando regresó, comunicó:

—He dado órdenes para que se detenga a Kendall, a Morton y a la amiga de Kendall... No tardarán en traerlos, porque los tenía vigilados.

Estuvieron cambiando impresiones durante un buen rato aún. Al final volvió a salir Simpson para regresar a poco con unos cuantos papeles, los cuales mostró a Charles, diciendo:

—Como podrá apreciar, Buck Morton no me había convencido y he controlado sus movimientos. El abandonó Denver en avión apenas hubo puesto el telegrama para su casa y regresó también en avión después de su última, digamos representación, en la que asesinó a Karen, para luego volver oficialmente.

Llegaron en aquel momento cuatro policías, los cuales llevaban detenidos a Myron Kendall, a Buck Morton y a la atractiva Betty Lee.

—¡Lamentará usted haber cometido este atropello, Simpson! —gritó Kendall al entrar.

—Baje la voz. Se terminó la farsa. Está usted arrestado por complicidad en los asesinatos de Karen Smith y Chicle Nolan. Usted está también bajo la misma acusación, Betty Lee. En cuanto a su caso, Buck Morton, es bastante más difícil y va a necesitar un buen abogado. Queda detenido por el asesinato de Karen Smith.

—¿Quién puede acusarme de eso?

Jesse Turpin se levantó para decir serenamente:

—Yo te puedo acusar. A ti como asesino y a Lionel alias «El Doc» como tu más directo cómplice... Y tu pretendida locura no te servirá de gran cosa. Yo demostraré que eras y eres responsable de tus actos.

Poco después Higgins y Allen abandonaban el despacho de

Simpson, seguro el joven médico de que el asunto quedaba en buenas manos.

Higgins confesó, admirado:

—Es la farsa mejor preparada que he podido conocer en mi vida. La realidad supera a la fantasía del mejor dramaturgo...

Allen se despidió del actor, diciéndole:

—Saludaré en su nombre a la señora Morton. Y le pediré que se acuerde de usted. Ahora será ella quien lleve el negocio, aunque pretende que le ayude yo...

—Pueden disponer de mí: Nelson Higgins, actor... Shakespeare, Ibsen, O'Neil... Aunque parece que Buck Morton es mejor actor que yo...

Se despidieron.

Allen voló junto a June y su madre, por las que fue jubilosamente recibido ya que Simpson les había adelantado algo de cómo se había hallado la solución del asunto.

Grace, para demostrar que estaba totalmente curada, sacó su tocadiscos, por el que desfilaron la «Patética» y la «Appassionata», de Beethoven, así como el «Réquiem», de Mozart.

—Escuchaba el «Réquiem» cuando me llegó la noticia de la muerte de mi primer marido... Parece que con el «Réquiem» vinieron siempre para mí las cosas peores... Pero ahora le he perdido el miedo, porque él me ha librado de ese monstruo de Buck...

FIN



EL MALDITO ENTREMETIDO

John. Lack

Cuando le preguntaron al joven periodista lo que sabía de aquel maldito asunto, su cerebro empezó a trabajar con toda rapidez. Y es que estaba en el garito de McFarland, había dos hombres en la puerta que le miraban fijamente, y acababa de estrenar un chaleco floreado... que deseaba conservar libre de agujeros



Aparecerá la próxima semana en la colección **KANSAS** * * * * *



EL TESTAMENTO DE HULL

M. Lafuente Estefanía

"Berry y Rooney - Abogados". Así rezaba el rótulo del bufete más, prestigioso de la comarca. Pero un día los dos socios disputaron y Rooney juró vengarse. Se vengó, en efecto, pero ni siquiera él mismo sospechó cómo iba a cumplirse su venganza.

Aparecerá la próxima semana en la
colección **BRAVO OESTE** * * * * *

4.000 años de piratería



¡Fascinantes historias de los piratas! Morgan, "el terrible"; Avery, "el afortunado"...

Bandera negra, libertad y sangrientos abordajes.

Pero detrás de la leyenda, con su perfume de brisas tropicales, hubo algo más: unas causas políticas, unos códigos, unas consecuencias históricas.

En estas páginas, junto a las aventuras apasionantes, encontrará usted todo lo que de la piratería generalmente se silencia.

MARABU ZAS

**PEQUEÑOS LIBROS
DE GRAN CONTENIDO**



LAS RELIGIONES

Desde las más primitivas y bárbaras idolatrías, hasta la Revelación cristiana, el hombre ha recorrido insólitos caminos en su ansia de vivir eternamente. Curiosa, dramática, terrorífica, enigmática o sublime, la historia de las religiones explica, a través de la evolución de culturas y sociedades, muchos aspectos desconcertantes del mundo de hoy.



COLECCION

marabú



ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "TIMPINELA"
364 — Celia Bravo
SU ENEMIGO

COLEC. "MADREPERLA"
760 — Jesús Navarro
UN REGALO DE PARIS

COLECCION "ROSAURA"
704 — Carlos de Santander
LA DIOSA DE PLATA

COLECCION "AMAPOLA"
591 — Corín Tellado
EL MAESTRO

COLECCION "ALONDRA"
525 — Amparo Lara
LA ARDIENTE ESPERA

COLECCION "CAMELIA"
466 — Isabel Salas
ANA

COLECCION "CORAL"
163 — Corín Tellado
LA SOMBRA DE OTRO
AMOR

COLECCION "CORAL"
164 — Corín Tellado
UNA LLAMADA A LA
PUERTA

COLECCION "CORAL"
361 — Corín Tellado
ESO NO SE OLVIDA

COLECCION "BISONTE"
805 — John Lack
DOS AMIGOS DE ALIVIO
COL. "SERVICIO SECRETO"
669 — P. Newman
ASESINATO

COLECCION "BUFALO"
592 — M. Lafuente Estefanía
NIEVES TRAIADORAS

COLECCION "CALIFORNIA"
249 — George H. White
PRIMER PASO
AL INFIERNO

COLECCION "TEXAS"
370 — M. Lafuente Estefanía
SIEMPRE EN PELIGRO

COLECCION "COLORADO"
294 — Clark Carrados
EL FILO DE LA VENGANZA

COLECCION "KANSAS"
260 — A. Rolcest
EL RAYO DE LA PRADERA

COLEC. "BRAVO OESTE"
124 — M. Lafuente Estefanía
ENTRE LOS PASQUINES

COL. "SELECCIONES S. S."
26 — Mark Halloran
R. I. P. EN DAKAR

COL. "ASES DEL OESTE"
212 — Mikky Roberts
HERENCIA FUNEBRE

Col. "HEROES DEL OESTE"
242 — M. Lafuente Estefanía
EL LENGUAJE DE LAS
ARMAS

COLEC. "PUNTO ROJO"
53 — Alf. Regalado
MELODIA DE MUERTE

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

FIRMAS QUE REPRESENTAN A EDITORIAL BRUGUERA, S. A. EN LOS PAISES QUE SE CITAN

-
- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera Argentina
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 546/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 12-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 355-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacochuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - ASUN-
CION.
- PERU:** "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegua, 236
LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 290 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te, 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.435
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.



veterano
tiene eso
un veterano
sabor

VETERANO ES DE OSBORNE
VETERANO ESO ES COGNAC



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain